



# IDENTIDADES

Diego Maenza



Ediciones  
Alféizar

# IDENTIDADES

Diego Maenza



Ediciones  
Alféizar

# IDENTIDADES

Diego Maenza



Ediciones  
Alféizar

*A mis tres cristales, que irradian mis días de fantasía*

*A mis tres cristales, que irradian mis días de fantasía.*

## Ensoñación

*Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.*

Se despertó. La noche cubrió el cuerpo del joven que tiritaba pálido y no era debido al frío. La pesadilla había sido espantosa. Como ocurre en la mayoría de las ensañaciones los escenarios cambiaron con frecuencia, los personajes no fueron estables y los diálogos se presentaron difusos e incomprensibles.

Un semicapro de facciones desfiguradas lo perseguía por una callejuela. Erguido en sus patas traseras y con pisadas sonoras, lo seguía sin descanso. Sus muslos fornidos, tonificados por la carne de los pectorales de sus víctimas (y sobre todo por el corazón, que era su alimento predilecto) se mecían trémulos durante la marcha, al tiempo que sus brazos se agitaban con tanta lentitud que remarcaban su desproporción. Con el cuerpo plagado de vellos oscuros, sus cuernos de macho cabrío y sus dientes babeantes, aquel espécimen solo podía ser el producto de una ilusión onírica.

El joven dobló una esquina casi interminable para percatarse de que en esta nueva ocasión se encontraba en una llanura, un páramo en el cual el sol era un punto lejano e inmóvil, que empezó a carcomerle la dermis con su intensidad de carbón encendido. La arena candente le tornaba más lenta la huida. El monstruo lo acosaba con las fauces despernancadas y con su extraña fisonomía semihumana. Agotado, el joven se desplomó en la arena y por un instante creyó estar siendo devorado por el anómalo ser, híbrido y contranatural. Esta imagen terrible atormentó su mente por un intervalo de tiempo corto, hasta que al fin se atrevió a abrir los ojos amodorrados por el temor y observó con satisfacción que estaba de bruces sobre una banqueta de un parque del cual, por más que lo intentó, no le llegaron recuerdos. Abrió las vistas con asombro, atento a cualquier esperanza de escondite. Intentó refugiarse tras un monumento: una escultura que delataba marcas roídas quizá por garras desquiciadas y colmillos poderosos. La antigua efigie era una especie de minotauro, pero a diferencia de las descripciones clásicas, el cuerpo se presentaba revestido de grandes plumas similares a las que usualmente observamos en las representaciones de Quetzalcóatl en el códice borbónico azteca. En la parte inferior logró divisar una escritura que en principio reconoció como extraña. Con vacilación, aunque también con un poco de atterido de leche, logró descifrar aquel lenguaje ajeno envuelto en la insólita facultad de interpretación que se apoderó de él.

La leyenda narraba la lucha que enfrentó el primero de los valerosos minotauros en un laberinto construido por encargo de los dioses. El endriago había sido encerrado con el propósito de que llevara una vida tranquila, para resguardo de su propia seguridad, para que no se contaminara con la maldad de la raza humana. Pero las personas empezaron a fustigarlo con el látigo de su

intromisión. Ingresaban con candelabros e incendiaban, con el líquido combustible que encontraban a mano, las paredes de murales lúgubres de las que estaba compuesta la laberíntica ciudad. En otras ocasiones introducían insectos venenosos, serpientes y toda clase de alimañas. Los humanos empezaron a ingresar a las profundidades, atravesando caminos de ramificaciones e apariencia interminables con la intención de lastimar al apacible engendro. Para aquella intrincada labor, concibieron una idea peculiar: desde la entrada comenzaban a desenredar un madeja de un hilo muy resistente que como es de imaginar (ya tenemos rasgos de esta audacia en las leyendas clásicas) les brindaba seguridad. En su itinerario de verdugos hambrientos de muerte los caballeros, con cobardía, iban armados de lanzas cuyos extremos de cuchillas de hierro puntiagudo habían plagado con el más letal veneno, una emulsión de sustancias tóxicas provenientes de hongos, plantas y animales, y no en pocos casos también de aquellos minerales que solo los más intrépidos osaban buscar. En más de una ocasión habían herido a la bestia con éxito, pero la fortaleza del minotauro soportaba las toxinas, no sin pasar algunos días en estado de postración.

El joven se saltó un par de líneas, al comprender que carecían de relevancia, y su mirada se hundió en el párrafo conclusivo. Aquel día habían acudido trece hombres a la cacería semanal, se habían adentrado con el ovillo del hilo fortísimo. Pero el héroe de apariencia semihumana ya había previsto, con la agudeza que otorga la experiencia, que aquella tarde sería decisiva y de sangre. El astuto engendro, que conocía a la perfección los recovecos de la compleja madriguera se desplazó por pasadizos recónditos, logrando de esta forma apoderarse de la bobina que yacía en la entrada del laberinto. Lo condujo por caminos escabrosos, con la evidente intención de obligar a elegir pasajes erráticos a quien pretendiera buscar la salida. De esta manera el minotauro logró, en medio del caos producido por la desesperación de los desorientados, ir devorando a uno por día y acabar de esta forma con las molestas intrusiones en su vida apacible.

En este punto culminaba la historia. El joven incorporó la vista y se fijó nuevamente en el horrendo monumento, el cual ya no conservaba la cualidad de estatua inmóvil, sino que empezó a resquebrajarse, como si de él estuviera emergiendo un ser metamorfoseado y como si la imagen quiescente percatada hace pocos segundos no hubiese sido más que una placentera crisálida. El semicabrón no había dejado nunca de perseguirlo, por el contrario, había aguardado con paciencia el descuido del joven y ahora se encontraba a un cuarto de metro de probar sus carnes. La reacción natural del joven (desde luego, comprendiendo la expresión *natural* desde una acepción no onírica) hubiese sido del estupor más paralizante, no obstante, la carrera ya había sido emprendida. Escapaba por un bosque de árboles sedientos que incitaban a formular la imagen de un lugar de soledad. En la escapatoria no se había apercebido del acecho del perseguidor, y lo había perdido de vista. Caminaba con cautela, asentando con medida las plantas lascadas de sus zapatos. *Quizás estés soñando*, retumbó una voz en los ecos lejanos, y el joven atribuyó el sonido a sus pensamientos. *Quizás estés soñando*, volvieron a manifestarse las palabras proféticas ante de presenciar un intervalo de silencio que fue interrumpido por el canto atronador de un pájaro colorido y enorme que se posó frente al camino del joven. *Quizás estés soñando*, dijo con claridad la mayúscula ave que tenía la deformidad de una golondrina agrandada y la boreal luminiscencia de un pavo real. *No puede ser un sueño, pues lo siento real*, le replicó el joven temeroso y atontado por la presencia del animal estrambótico. *Los sueños son así, mi querido amigo, quizá yo aún me encuentro en mi nido, soñando que converso con un humano del tamaño de una cucaracha, pues sé que te sorprende verme tan grande, del mismo modo que a mí me*

esorprende verte tan pequeño. El joven no reparó en la lógica de la frase y tampoco se percató de que los árboles inmensos que se levantaban ante sus ojos, bien hubiesen podido ser pequeños arbustos tal como llevaba a pensar la argumentación del que a su vista era un pájaro gigante. Si simplemente estaba extraviada en pensamientos más neurálgicos, al presentir que de las entrañas de la enorme ave surgiría la silueta macabra de un macho cabrío con la complexión de un ser humano embadurnado por las viscosidades de las vísceras y bañado en un torrente de sangre.

En estas cavilaciones se encontraba cuando sus facultades lograron asimilar lo que había acontecido: el amigo animalesco se había esfumado junto con el bosque de árboles sedientos. Ahora se encontraba parado en medio de un escenario muy diferente y mucho más reconocible que aquellos lugares insólitos.

Las ventanas abiertas permitían que irrumpiera el aire que ventilaba el ambiente; los sillones cómodos, forrados de cuero, otorgaban a la sala un aspecto de recepción; los cuadros de temática coloridas motivaban a contemplarlos con fascinación. La escalera entorchada llevaba a las dos habitaciones que el joven conocía con minuciosidad: era su propia casa. Volvió a examinar uno de los cuadros, y se paró frente al simulacro de arte con desmesurada contemplación. Lo escrutó con meticulosidad: desde las imponentes montañas hasta los indiferentes animalillos que asomaban por los alrededores de las praderas. Casi en el centro se podía observar un camino que se perdía entre las montañas. Por lo demás el cuadro reflejaba una pálida intención artística, a excepción de algo inaudito que le otorgó la magia que necesitaba. Desde lo lejano del camino sinuoso empezó a dibujarse la silueta de una persona. La figura, con el transcurso de una aceleración pausada y frontal, similar a una caminata, se empezó a agrandar. Poco fue el trayecto que tuvo que recorrer para que el joven comprendiera que se trataba de una mujer. La extraña peregrina, al estar a límite del cuadro, manifestó su descontento. *Qué cansada estoy.* El joven no se inmutó. Recordó las palabras del pájaro de arcoíris y empezó a deliberar, con mayor seriedad, la posibilidad de estar dentro de un sueño. *Quizás esté soñado,* se jactó de su raciocinio, pero perdió la noción de estar en sus cabales cuando captó nuevamente una voz, esta vez de entonación delicada y que pertenecía a aquella hermosa dama que estaba dentro de la pintura. *Sí, quizás estés soñando, o tal vez estés soñando que sueñas.* El joven no comprendió la envergadura de la sentencia, pero recordó lo sucedido con el pájaro y creyó necesario estar atento a cada palabra de la damisela. *No te entiendo, explícate,* imploró el joven. Ella lo miró una vez más y dijo: *Sucede a veces: cuando soñamos que soñamos.* El joven habló de nuevo: *¿Me estás queriendo decir que este es un sueño pero que si despierto aún estaré soñando?* La damisela elevó un rictus de complacencia: *Notas que ya lo estás entendiendo. Pasa muy a menudo con personas que acuden a esta dimensión en sus intentos desesperados por escapar de sus temores. Aquí se pueden escudar. Ningún temor ha sido lo suficientemente sólido para penetrar esta fortaleza.* Hizo una pausa. El joven aprovechó para lanzar una nueva interrogación: *Puedo suponer que estoy a salvo. ¿Y dices que a muchas personas les ocurre lo mismo?* La mujer miró hacia sus pies, acomodando un desperfecto en su calzado mientras estregaba ambos zapatos. Miró de manera fija al muchacho: *Sí, muchísimas sueñan que sueñan. Sueñan que no sueñan. Sueñan que sueñan que no sueñan. Sueñan que sueñan que sueñan, tres sueños a escala. Sueñan que no sueñan que sueñan. Sueñan que sueñan con el sueño de otro. Sueñan que otro sueña y ese sueño es el propio, es decir que sueñan lo mismo que otro está soñando. Sueñan que no sueñan con el sueño de otro sino con dos. Sueñan que sueñan un sueño ajeno mezclado con el propio. Algunas son personas lúcidas que les encanta soñar; otras, enfermas que les encanta soñar que sueñan.* El muchacho se sintió seguro



*«Aquí aguardaré a que culmine mi sueño... o hasta que culmine el sueño de mi sueño. Casi no se atrevió a sentenciar su deseo, cuando vio con horror que la mujer de deleitable beldad, mucho más hermosa que las montañas o que las praderas verdes, estaba tendida en el camino y era devorada por la monstruosidad que lo venía acechando desde hace tiempo.*

<sup>o</sup> El muchacho, como es de esperar, corrió despavorido, con la idea de que el semicapro ya había emergido del cuadro y que en ese momento se encontraba cerca de él. Eligió como refugio sus habitaciones. Intentó ascender por la escalera y frenó con violencia: el anómalo ser bajaba a toda velocidad.

<sup>e</sup> El horror se reflejaba en su rostro blanqueado. Logró abrir la puerta de salida y continuó corriendo hasta que su cuerpo pudo soportarse. Cayó de rodillas y con las manos en el piso agotado por el delirio de la persecución. Volteó la mirada y la casa ya no estaba. Creyó que la huida la había realizado con tanta desesperación que se había alejado excesivamente de aquel edificio que estuvo a punto de ser su mausoleo. Miró a su alrededor, con timidez, queriendo comprender en qué lugar se encontraba. Era una calle ancha y oscura, cuyo horizonte parecía no tener fin. Por ambos lados habitaba la penumbra y solo se alcanzaba a divisar la larga franja de pavimento grisáceo de duro asfalto, como si en aquella tiniebla la luna fuese una anoréxica línea orbital que envolviese el planeta y que los afortunados en tener su delgada luz fueran él y la dichosa carretera. Caminó con letargo, inspeccionando, como si hubiese podido hacerlo, cada rasgo de oscuridad. Se encontraba temeroso al imaginar que de aquellas sombras pudiera emerger la figura de la bestia de la que tanto había huido. Pero el silencio era su única compañía. Se escucharon murmullos en un idioma incomprensible. Llamar lenguaje a aquel galimatías podría ser un error pues el joven ni siquiera pudo tener indicios de que aquellos seres, al proferir las incomprensibles cacofonías, hubiesen exteriorizado señales de entendimiento. Las manifestaciones físicas son imprescindibles en ciertos casos y ya está siendo demostrado que el lenguaje mímico es tan importante como el lenguaje oral y el escrito.

<sup>e</sup> Los ruidos desaparecieron como un fantasma en medio de la neblina. El silencio volvió a caer. Los pasos del muchacho continuaron inquietos y temerosos. De improviso, su pensamiento procesó la sentencia reveladora que tiempo atrás le había declarado la hermosa dama del cuadro: *«Pasa muy a menudo con personas que acuden a esta dimensión en sus intentos desesperados por escapar de sus temores. Recapacité: Estoy huyendo de mis temores que se han manifestado en la forma de aquella bestia. Una voz saltona interfirió desde la penumbra, quebrando el razonamiento: Quizás la bestia sea tus temores, pero quizás no estés soñando. El joven quiso responder, pero la voz misteriosa (¿sería acaso la voz de las propias sombras?) lo detuvo por nueva ocasión: Quizá estés en una pesadilla y es el sueño en que sueñas que nunca más volverás a soñar o que nunca más volverás a despertar. Esta vez, al contrario de lo que realizó con los vaticinios emitidos por el pájaro enorme y por la hermosa damisela, el muchacho tomó desapercibidas las palabras de profecías macabras que le eran reveladas desde las manchas de sombras, al alegar que si nadie daba la cara no debían ser escuchadas.*

<sup>n</sup> Una voz interceptó su pensamiento: *Tienes razón, debo mostrarme. Quizás debas soñar que estás dormido, sería una buena forma de escapar; o quizás debas soñar que estás despierto y sería otra muy buena forma.* El joven inspeccionó la sonrisa que se dibujaba de oreja a oreja en el rostro marchito del duende. No medía más de medio metro, su ropa era pulcra, de gabardina gris, y portaba un sombrero de igual color. *¿Quién eres?*, interrogó presuroso el chico. El duende

continuó con sus razones sin fijarse en el interrogante. *Quizás debas soñar que estás dentro de los sueños.* Empezó, paso a paso, a circundar al muchacho, sin dejar de explorarlo con la mirada desde pies a cabeza. *Quizás debas soñar que los sueños no son sueños sino estados de experiencia.* El chico también lo seguía con las vistas fijas mientras el diminuto ser giraba a su alrededor, y por un momento proyectaron la idea vaga de que se encontraban envueltos en una danza o en la alegría de algún carrusel. *Quizás debas soñar que los demás no sueñan y que solo tú sueñas.* *Quizás seas el sueño de la bestia que te persigue y tú eres solo un espejismo.* Al manifestar esto, los ojos del duende, que hasta el momento habían reflejado un pálido color verdusco cargados de melancolía, empezaron a transformarse en dos pepas negras, los hombros chupados comenzaron a crecer de manera descomunal, y los dientes empezaron a tomar filo mientras despedía por los aborbotones una baba espumosa similar a las manifestaciones de la enfermedad de la rabia que se suelen observar generalmente en los caninos. Hasta aquí llegó a presenciar el joven aquella evolución espontánea pues emprendió la huida por la carretera iluminada y tropezó en medio de la oscuridad y fue a parar al medio de la nada, a un espacio etéreo por el que se empezaron a deslizar percepciones fugaces y continuas que formaban fractales interminables, eran voces, rostros sonidos agudos y graves, cuerpos, olores fétidos, diversos colores y formas, estruendos afragancias deleitables, edificios largos, televisores, hombres y mujeres y niños y ancianos, fríos y calores, era lo blanco y lo negro, algunas eran recuerdos perdidos, otras eran retrospectivas extrañas e incomprensibles, cada una ocupando su lugar. *Estoy soñando con los sueños de todas las personas,* espetó el muchacho y volvió a musitar: *Estoy soñando con las personas de todos los sueños.* La voz se le apagaba cada vez más. Masculló: *Estoy soñando con los sueños de las personas de los sueños.* Ya no habló, solo pensó: *Estoy soñando con los objetos y sensaciones de los sueños de las personas de los sueños.*

1 Se despertó. La noche cubrió el cuerpo del joven que tiritaba pálido y no era debido al frío. La pesadilla había sido espantosa. La pesadilla había sido tan real que aún despierto sobre su cama creyó que continuaba soñando. Se tranquilizó un instante, ejercitando la respiración con inhalaciones profundas. Notó la ventana de su habitación abierta. El frío le calaba los huesos y estimulaba su temor. Oyó unos pasos que ascendían hasta su dormitorio. No avanzó a inquirir acerca de la procedencia de las huellas sonoras, pues el semicapro apareció vehementemente por la puerta, agitado.

1 La reacción del joven fue de terror, y en aquel momento de sobresalto se lanzó por la ventana abierta. Cerró los ojos y se entregó a la muerte. No se escuchó el golpe que hubiese sido natural pero el chico no sintió dolor por ningún lugar de su anatomía. Entreabrió los párpados y se fijó en el sitio en el que se encontraba. Era una ciudad desolada y de casas derruidas. En una acción casi sobresensorial, como en aquellos instantes en que sentimos que alguien nos observa, el muchacho giró la mirada para percatarse de la figura fornida que ostentaba la bestia. Empezó a correr. El joven dobló una esquina casi interminable para percatarse de que en esta nueva ocasión se encontraba en una llanura. Volvió a atravesar el desierto, volvió a aparecer acostado sobre una pedregal blanca, volvió a contarse la leyenda del minotauro héroe, volvió a toparse con el pájaro gigante, a estar en su casa, a observar los cuadros y conversar con la damisela, el semicapro volvió a devorar, volvió a la callejuela de sombras y el duende de traje y sombrero apareció con sus parlamentos, volvió a percibir las sensaciones propias y ajenas de los sueños propios y ajenos, volvió a creer que estaba despierto sobre su confortable cama. El sueño era un laberinto

ecircular del cual no había escapes, quizás la única salida era enfrentar sus temores.

a  
.  
r  
a  
s  
e  
s  
e  
a  
a  
e  
a  
a  
r  
,  
,  
y  
s  
s  
s  
s  
s

a  
a  
n  
y  
r  
a

a  
y  
l  
i  
o  
l  
e  
a  
o  
a  
n  
y  
o

circular del cual no había escapes, quizás la única salida era enfrentar sus temores.

## El púlpito de Roma

Estamos en el año 330 después de la Era Común. Hace apenas diecisiete años que el emperador Constantino ha promulgado el Edicto de Milán, con el que se ha favorecido al cristianismo en detrimento de los rituales paganos. Para beneplácito de pocos y para sorpresa y dolor de muchos, todos deberán atenerse a las directrices impuestas por las nuevas normas morales. Faltan tan solo siete años para que el emperador fallezca.

En un oscuro rincón de Roma se yerguen las pequeñas murallas de maderas desgastadas que parapetan el púlpito del señor Pietro Valentín. Desde aquí este extraño hombre de vida monástica y vestimentas holgadas proclama que el reino de los cielos se acerca, inculca la fe en Cristo y, por si fuera poco, en una manifestación no propiamente conveniente a las disposiciones del santo Papa Silvestre I, fiel lacayo de Constantino, realiza su liturgia incorporando una plegaria al dios Sol (cuyos seguidores rinden tributo cada amanecer al despuntar el alba), y en sus discursos le pasajes de evangelios gnósticos, que han sido rechazados por la Iglesia Católica Apostólica Romana por ser considerados textos apócrifos y mentirosos. Pietro Valentín nunca ha cobrado por su labor, vive de la caridad que no pide y solo se dedica a su religión.

A este incómodo reducto asisten personas de baja laya, miradas con desdén y asco por aquella de elevada moral, puesto que las prédicas del señor Pietro Valentín no son acordes a la fe estricta de la naciente Iglesia Católica: si bien es cierto que el emperador ha sido tolerante con los rituales paganos, ciertas autoridades dentro de la institución religiosa se oponen a ello, y presionan al Papa.

Aquí, en esta humilde iglesia, vemos cómo entran desde las deshilvanadas costureras y las sucias matronas hasta los herreros y los pescadores que impregnados de sus tufos cotidianos dan a este antro el aroma característico de sus asambleas. Las mozas y los mancebos también gustan de sus palabras. Las primeras, de faldas largas aunque mugrientas debido a las tareas del hogar y a los fluidos de las menstruaciones; los segundos, aún dominados por el hedor de los sudores debido a los trabajos del campo o bien del hierro, asisten con estoica puntualidad a los sermones de Valentín.

Quizás lo más llamativo acerca de este singular sacerdote sea su vida turbulenta. Tiene tres hijos que dejó de ver hace años, pero que le han durado como estigma en su reputación ante la mirada de insidia que despiden los ojos de los legos. Tuvo dos mujeres que lo abandonaron con el tiempo, habiéndose dedicado él desde entonces a la vida religiosa. Qué más se podría decir acerca de este hombre que no cause repulsión en los espíritus tranquilos. Precisamente lo que más odian los habitantes de los burgos es la libertad con la que dispensa bendiciones sobre artesanos y comerciantes de escasa economía, sobre extranjeros y vagabundos.

En una lejana tarde llegaron a su iglesia una pareja de desesperados buscando a toda costa la bendición de su amor. Habían pretendido conseguirla en el sagrado templo de la Iglesia Católica aquella que el emperador había empezado a construir a la orilla del río Tíber y que en el futuro sería conocida como la Basílica de San Pedro en la cual desde entonces han morado todos los santos padres. La Iglesia los echó, sin escuchar sus razones. El pecado: ser ella mayor a su amado con una diferencia de casi cuarenta años.

Aquella misma tarde Pietro Valentín los bendijo en nombre de Cristo y del Sol, ante la concurrida asistencia de los pobladores habituales. La anciana y el virgen, como fueron recordados por el populacho, quedaron satisfechos y partieron rumbo a su pueblo natal de río cristalinos y brisa fresca.

Una noche llegó a caballo otra pareja en circunstancias similares a la del virgen y la anciana. Los habían desterrado de Padua a causa de sus amores, inmorales ante los ojos pulcros de la casta sacerdotal cristiana. Habían tenido noticia de aquella boda inusitada en la que el dios Sol dio aprobación al niño y a la longeva. Valentín los casó a la mañana siguiente. El marido, que había ostentado una renta nada despreciable, trajo a la siguiente semana de la boda una gran campana en agradecimiento por los servicios religiosos del sacerdote, obsequio que Valentín rechazó en efecto, pero que el pueblo acogió con benevolencia forzando al párroco a que la aceptara y fue ubicada en la cúpula del templo. Desde aquella mañana Valentín dobló tres veces la campana en señal del inicio de su sermón.

Algo que no ha sido dicho, la causa del destierro de la pareja de Padua: esta vez no fue su edad y fue su posición dentro del entramado social de la Edad Media. Él, un heredero burgués que regentaba un caserío; ella, su sirvienta. La puritana sociedad paduana los repudió por la transgresión de los más básicos valores morales. La pareja halló redención en el caluroso y minúsculo y atípico templo romano de Valentín.

De esta manera, el señor Pietro Valentín fue granjeándose fama mucho más allá de los límites de su poblado. La noticia de sus actividades llegó a oídos de las autoridades eclesiásticas y quienes advirtieron al sedicioso párroco que se atuviera a las pautas establecidas por la Iglesia y se las tendría que ver con las órdenes de disciplina que vendrían, así lo amenazaron, del mismísimo emperador Constantino el Grande, claro que aún no se lo llamaba el Grande, ese epíteto le habrá quedado, seguramente, luego de su muerte, pero que conste aquí para que los espíritus despistados no lo confundan con algún otro emperador o rey de aquellos más modernos que abundan por todos lados.

El señor Valentín no se amedrentó: elevó una plegaria al dios Sol y otra más a Jesucristo, halló en ellas la paz que requería y fortaleció su fe en la religión que predicaba.

Entre los numerosos y raros matrimonios que propició este revoltoso agitador de la moral pública y la educación correcta, figuran como los más relevantes:

el de una ciega con un mudo.

el de una prostituta con un ex estudiante del sacerdocio.

el de dos mujeres (que no se extrañe nadie, el amor crece en los lugares menos esperados y en las fechas menos convenientes), que después de cinco años fueron apedreadas en una plaza

apública.

el de dos hombres (que no se extrañe nadie, el amor crece en los días menos apropiados y en los corazones más imprevistos), que a la muerte del sacerdote fueron asesinados por una turba que los quemó vivos.

el de una ex duquesa con un marinero negro, que por fortuna huyeron nadie sabe a dónde.

el de una negra con un blanco (horror de horrores).

el de una blanca con un negro (horror de horrores).

el de una esclava que escapó para su boda (y que a partir de allí sería libre) con un mancebo esbelto llegado de Hispania, que se la llevó a tierras desconocidas y lejanas.

el de dos locos que gritaban que el amor lo era todo y cuyas ropas hedían a excrementos, que no duraron nueve meses vivos ya que solos, en una noche aciaga, se prendieron fuego en el tugurio que habitaban.

el de una enana con un gordo gigantón.

el de una gorda inmensa y cuarentona con un mancebo casto.

el de una negra y un negro (oh, horror de horrores, que Dios salve nuestras almas, gritaba la gente desde sus palacios).

el de una de sus ex mujeres con un afeminado llegado del país de los francos.

En fin, Valentín celebró todas las bodas que ningún otro sacerdote podría haber oficiado, admitía en su iglesia a jóvenes y viejos, a sanos y enfermos, e incluso, en los años previos a su muerte se dio a la tarea de despojar demonios de cuerpos poseídos, de bendecir almas moribundas, de prodigar curaciones, y fue así como se extendió, hasta lugares remotos, la noticia de que él podía curar la lepra.

Una mañana llegó una muchedumbre de leprosos provenientes de diversas partes del imperio. Llegaron juntos pero sin haberse puesto de acuerdo. Tocaron a la puerta y solicitaron la bendición de Valentín, que siempre fue honesto, les advirtió que aquello no los curaría, que lo escuchado por ellos eran solo rumores y que apelaran a la infinita bondad del dios Sol y a la inmensa misericordia de Jesucristo. Los bendijo. Los leprosos marcharon de regreso, decepcionados por no haber podido presenciar las virtudes sobrenaturales que esperaban, pero reconfortados con una aura espiritual e infinitamente fortalecidos en la fe gracias a las sabias palabras de Pietro Valentín.

Al ver desaparecer a la multitud, Valentín notó dos sombras que aún quedaron paradas al frente de su iglesia. Eran dos jóvenes de miradas cabizbajas y con el cuerpo completamente lleno de charras. Nosotros nos amamos, le dijeron al párroco, esta vez alzando la cabeza. Valentín asintió comprendiendo. Pasen, hermanos, fueron sus palabras. Redoblaron las campanas y una vez más el párroco romano ofició una boda ante su feligresía.

Aquella noche Valentín soñó con el cielo. Lo vio blanco y tibio. En su ensueño presenció a cada una de las personas que había unido en sagrado matrimonio: vio a la negra y al negro, vio a la duquesa y al marinero, vio a las dos mujeres enamoradas, vio a la esposa negra y a su esposo

blanco, vio al español y a la esclava, vio al mudo y a la ciega, vio al gordo y a la enana, vio a los dos locos y le llegó un perfume a rosas, vio a la blanca y al negro, vio a los dos hombres enamorados, vio a la gorda y al mancebo, vio al franco y a su ex mujer, vio al estudiante y a la prostituta, vio a los leprosos que ya no eran leprosos sino dos jóvenes hermosos revestidos de piel aterciopelada y lisa, llana, fresca, pura. Comprendió que pronto moriría.

A la mañana siguiente no fueron las campanadas de la iglesia las que despertaron al pueblo. Fueron los gritos y proclamas que anunciaban la presencia del santo padre, el Papa Silvestre I. La gente se asomó con cautela, con una mezcla de miedo y curiosidad. La comitiva, formada por altos representantes del clero católico, avanzó hasta las pequeñas puertas de la iglesia de Valentín y la hizo retumbar para sorpresa del canónigo que con las calzas puestas sobre el sueño asomó su cabeza despeinada.

Diez minutos más tarde, frente a sus victimarios, Valentín escuchó la sentencia que lo condenaba a la horca. Entre otras cosas que decía el documento acusaban a Valentín por:

*...incitar, aprobar y realizar acciones inmorales que van en contra de los más elementales principios de nuestra religión y preceptos heredados de nuestro señor Jesucristo...*

Media hora más tarde Valentín fue ejecutado en el aborrecible símbolo de sedición y pecado que constituyó su iglesia: lo colgaron de una de las vigas frontales para exhibición del pueblo y escarnio de todos, pueblo que aturcido por la magnificencia de los vestuarios de aquellos señores imponentes no se atrevió a salir en defensa de su sacerdote.

Antes del cenit, cuando los altivos caballeros se marcharon al son de una trompeta, una joven de mirada larga y expresiones bellas fue la primera en acercarse. Con la ayuda de otros mozos logró bajar al párroco de aquel innoble lugar: lo ingresaron a la iglesia y lo acostaron sobre la starima que había sido su sitio sagrado y ahora se había convertido en su lugar de reposo. Lo velaron durante todo el día.

Es un santo, decía la gente al contemplar su cara. No habrá ninguno como él, repetían otros. A la atardecer, luego de enterrarlo en un descampado y haber puesto sobre el promontorio una cruz inscrita con la marca del dios Sol, indignados, cada uno retornó a su hogar para contarles a sus hijos durante la noche la noticia trágica que enlutaría a la comunidad durante años. *La muerte es el paso hacia la vida eterna*, había profetizado desde el púlpito Valentín, San Valentín, como lo llamaron desde entonces, para conservar por siempre la memoria de sus hazañas en los anales de la historia universal de los amores.

o

e

e

l,

l

a

a

o



blanco, vio al español y a la esclava, vio al mudo y a la ciega, vio al gordo y a la enana, vio a los dos locos y le llegó un perfume a rosas, vio a la blanca y al negro, vio a los dos hombres enamorados, vio a la gorda y al mancebo, vio al franco y a su ex mujer, vio al estudiante y a la prostituta, vio a los leprosos que ya no eran leprosos sino dos jóvenes hermosos revestidos de piel aterciopelada y lisa, llana, fresca, pura. Comprendió que pronto moriría.

A la mañana siguiente no fueron las campanadas de la iglesia las que despertaron al pueblo. Fueron los gritos y proclamas que anunciaban la presencia del santo padre, el Papa Silvestre I. La gente se asomó con cautela, con una mezcla de miedo y curiosidad. La comitiva, formada por altos representantes del clero católico, avanzó hasta las pequeñas puertas de la iglesia de Valentín y las hizo retumbar para sorpresa del canónigo que con las calzas puestas sobre el sueño asomó su cabeza despeinada.

Diez minutos más tarde, frente a sus victimarios, Valentín escuchó la sentencia que lo condenaba a la horca. Entre otras cosas que decía el documento acusaban a Valentín por:

*...incitar, aprobar y realizar acciones inmorales que van en contra de los más elementales principios de nuestra religión y preceptos heredados de nuestro señor Jesucristo...*

Media hora más tarde Valentín fue ejecutado en el aborrecible símbolo de sedición y pecado que constituyó su iglesia: lo colgaron de una de las vigas frontales para exhibición del pueblo y escarnio de todos, pueblo que aturdido por la magnificencia de los vestuarios de aquellos señores imponentes no se atrevió a salir en defensa de su sacerdote.

Antes del cenit, cuando los altivos caballeros se marcharon al son de una trompeta, una joven de mirada larga y expresiones bellas fue la primera en acercarse. Con la ayuda de otros mozos logró bajar al párroco de aquel innoble lugar: lo ingresaron a la iglesia y lo acostaron sobre la tarima que había sido su sitio sagrado y ahora se había convertido en su lugar de reposo. Lo velaron durante todo el día.

Es un santo, decía la gente al contemplar su cara. No habrá ninguno como él, repetían otros. Al atardecer, luego de enterrarlo en un descampado y haber puesto sobre el promontorio una cruz inscrita con la marca del dios Sol, indignados, cada uno retornó a su hogar para contarles a sus hijos durante la noche la noticia trágica que enlutaría a la comunidad durante años. *La muerte es el paso hacia la vida eterna*, había profetizado desde el púlpito Valentín, San Valentín, como lo llamaron desde entonces, para conservar por siempre la memoria de sus hazañas en los anales de la historia universal de los amores.

## Los monstruos interiores (o fábula en un acto)

### Personajes:

- Mujer asesinada
- Asesino
- La culpa
- La vida
- La muerte
- Demonio1
- Demonio2
- Demonio3

(Luces apagadas. Se deberá escuchar música incidental en crescendo. Sonará durante dos minutos para que el espectador se relaje. Al culminar la música se escuchará un alarido de mujer. Deberá ser un grito desgarrador que lacere los tímpanos de los oyentes y los obligue a saltar de la butaca. Se encenderán las luces. En escena habrá una habitación de fondo blanco cuyo decorado deberá ser mitad clásico y mitad minimalista. A la izquierda y en el plano posterior deberá destacar una estantería copada de libros antiguos con encuadernación artesanal, que también estarán dispersos sobre el blanco entablado. Cerca de la estantería, en segundo plano, habrá un escritorio soportando un par de plumas fuente y algunos manuscritos. Ordenados de modo que sean apreciados por los espectadores, deberá estar una copia del Códice Gigas y debajo el Necronomicón. Se podrá observar un asiento de estilo Luis XV y suspendido en la pared, a un lado del librero, un retrato de Anton LaVey. En el lado derecho habrá una silla de madera, la más sencilla que se pueda encontrar y en la pared, en tercer plano, un cuadro con marco dorado que exhibirá como pintura un lienzo de fondo blanco con un único y pequeño óvalo de color negro. En la parte central del primer plano, y contrastando con la pulcra ambientación, deberá estar el cadáver desnudo de una doncella que yacerá de forma macabra en postura fetal y con la cabeza destrozada, y a un metro de ella hacia la izquierda, una piedra ensangrentada del tamaño de un cráneo y un charco de fluido sanguinolento que será pisado y cuyas huellas conducirán hacia los bastidores. Ingresará el asesino vestido de blanco).

**El asesino** (mirando al cielo). —Oh, noche apacible, noche benévola que acoges en t

oscuridad a los impíos, lléname de tus sombras y haz que mi alma expíe sus tormentos. He limpiado la sangre de mi ropaje, mas no de mi mente. Está manchando hasta el último de mi pensamientos. (En ese instante el asesino sostendrá su perturbada cabeza con las manos). Culpa horrorosa culpa que no permites la tranquilidad de esta alma atormentada, sal de mi cabeza : corazón, permite que respire tan solo un minuto y pueda clamar a los cielos el perdón que no merezco.

**La culpa** (que retumbará desde la parte posterior del escenario). —Toma aire, desdichado. En verdad te digo que no es mi aura que todo lo envuelve lo que corta tu respiración, es el germen de la muerte que incubas en tus huesos lo que confunde tus glándulas y sentidos. ¿Notas el latir irregular de tu corazón? No es bajo el cuidado de mi manto que bombea tu sangre desesperada. Posa la mano en tu frente y empápate del líquido que transpiras. No se debe al calor enfermizo de tus órganos, ni al escalofrío que hace vibrar tus rodillas, tampoco al titubeo de tu espíritu, son las babas salidas del averno, desde la profundidad que te reclama.

**El asesino.** —¿Podrás apiadarte de mí y concederme un minuto de paz?

**La culpa.** —Paz y piedad son dos palabras de las que no tendrás conocimiento.

**El asesino.** —Calla de una vez y enfrenta mi presencia. Juro que serás mi siguiente víctima. Te estrangularé por atreverte a proferir tales condenas.

**La culpa.** —Te equivocas. No es a mí a quien debes considerar tu enemiga. Tu enemigo corre por tus venas y tampoco es la muerte.

**El asesino.** —Para un asesino no existe peor enemigo que tu voz.

**La culpa.** —Mi voz es el reflejo de tu alma.

**El asesino.** —No atormentes más. Prefiero el descanso eterno que seguir oyendo tus palabras.

**La culpa.** —Sabes bien que no tendrás descanso, morirás en la soledad sin que alguien coloque dos monedas sobre tus ojos yermos. Ahora me despido para que comprendas que nunca fui tu enemiga, sino tu única compañía. Clamarás una y mil veces para que mi voz retorne pero ya será tarde. Adiós. Hay millones de almas necesitadas de mi aliento.

**El asesino.** —Entonces no me abandones, cruel compañera, seguiré tus ecos.

(El asesino saldrá del escenario por el lado derecho. Ingresarán tres demonios. El Demonio 1 tendrá todo el rostro desfigurado y la parte derecha de la mandíbula inferior sin piel, mostrando la mitad de la dentadura amarillenta. Los otros dos no destacarán por mayores detalles a excepción de tener las caras cubiertas de verrugas. Todos irán vestidos de igual manera: túnicas con capuchas limpias y de color negro, colocadas de tal forma que se observarán sus rostros. Hurgarán en el estante de los libros y mostrarán hacia sus compañeros y el público las cubiertas de los libros irán detallando uno a uno).

**Demonio1.** —Este es el libro titulado *Los destinos del alma* del escritor Arsene Houssaye. El doctor Ludovic Bouland lo encuadernó con la piel de una de sus pacientes mentales fallecidas.

**Demonio2.** —La pasta de este libro está fabricada con la piel de una de las víctimas de los temibles William Burke y William Hare.

e **Demonio3.** —Este con la piel del mismísimo Burke, asesino y encuadernador.

S **Demonio1.** —Contemplan hermanos: este ejemplar posee la piel del terrible George Cudmore asesino de su esposa.

y **Demonio2.** —Piel de asesinos, en este ejemplar está la de William Corder, que también mató a su amante.

n **Demonio3.** —He aquí la del escritor Jacques Delille, a quien André Leroy robó su piel de estanatorio.

r **Demonio1.** —Escuchen el epílogo de esta maravilla: “*La cubierta de este libro es un recuerdo de mi querido amigo, Jonas Wright, quien fue desollado vivo por la tribu Wavuma. El rey Btes me entregó el libro que era una de las posesiones más importantes de Jonas, junto con una buena porción de su piel, para forrarlo. Descanse en paz*”.

**Coro de demonios.** —Zi kia kanpa, zi dingir anna kanpa, namtillaku, zi kia kanpa.

**Demonio1.** —Este es el más abominable: la cubierta posee la piel de John Horwood y sus páginas detallan la forma en que mató a Eliza Balsum: destrozando su cráneo con una piedra. Observen la inscripción en letras de oro: *Cutis Vera Johannis Horwood*.

(Al ser invocada la muerte saldrá a escena y los demonios se esconderán bajo el escritorio. Decenas de mariposas blancas aparecerán del anaquel de libros y se dirigirán hacia bastidores por el lado izquierdo. Ingresará la muerte, cuerpo sin rostro arrastrando una máscara de cuero, sus vestimentas serán pardas y salpicadas de sangre reseca. Se pasará por el escenario con el cuerpo dirigiéndose hacia diversos lados, pero con la mirada hueca de la máscara siempre fija en el cadáver).

**La muerte.** —He aquí una muestra más de mi poder.

e (En ese momento ingresará la vida, también vestida de blanco).

u **La vida.** —Inclemente y segadora de sueños, me han informado de tu visita y he llegado lo más pronto. Te considero una enemiga altiva y eterna, te exhorto a esconder el filo de tu hoz saturada de tripas y pieles y a marcharte de este lugar que ya no requiere tu presencia. Soy la vida y empezaré a sembrar aquí donde tú has segado.

l **La muerte.** —¿Vida? ¿Así dices llamarte? ¿Qué es la vida sino el soplo fallido de algún poder misterioso y lejano, la gota de rocío que resbala por una hoja y se impacta en la grava, el efímero rayo de sol sobre el contorno cambiante de una burbuja en el aire? ¿Vida? ¿Tú eres la vida?

n **La vida.** —Embustera, no pretendas enredar mi entendimiento con tu locuacidad. Tu lenguaje es más apestoso que la cloaca máxima de Roma y llega a mí como ponzoñas infestadas de veneno; y no obstante, tengo la fuerza suficiente para apartar aquello que profieres con tu lengua pútrida.

l **La muerte.** —Mi verbo fue fundido en altares inaccesibles e inmemoriales, no puede blasfemar contra mi aliento.

s **La vida.** —Tu aliento solo puede pertenecer a los esbirros de la noche.

**La muerte.** —En efecto, nací de la noche y soy hermana del sueño. Mi estirpe es vasta y abarcadora.

la mayor parte del universo. Soy poderosa, me protege la noche, y a ella obedezco.

**La vida.** —Es tanta tu audacia que te escudas en tus orígenes. Eres por ti, no por lo que fueron tus ancestros.

**La muerte.** —Mis ancestros fueron quienes que me forjaron, y a ellos les debo mi gratitud; a diferencia de ti, fantasma de la nada.

**La vida.** —Tus frases son engañosas como tu esencia. No pretendas confundirme.

**La muerte.** —Mi esencia es la realidad. La certeza de lo ineluctable. Tengo prohibido mentir; lo único que hago es cumplir con las tareas que me han encomendado en planos superiores que tú desconoces. Soy una obrera abnegada, eso es todo.

**La vida.** —Las montañas y los mares, los valles y las planicies, todo el éter que rodea las moléculas de los fluidos y las partículas en el aire me contienen y pueden atestiguar mi belleza. La totalidad del orbe está poblada gracias a mi presencia, y no te pertenece, visitante pasajera.

**La muerte.** —No te engañes. Puedes parecer bella, pero eres solo un instante. Yo soy la eternidad.

**La vida.** —¡Basta ya! No seguiré escuchando tu diatriba. Por mí respiran los peces, incluso bajo el agua, camina el humano, vuela la mariposa y retoza el lince. Es por mí que los árboles pueden mantenerse erguidos durante centurias sin llegar a percibir tu olor.

**La muerte.** —Eres solo una hoja desprendida del árbol. Yo soy el árbol.

**La vida.** —No pretendas seducirme con tus equívocos. Tú no existes, todo lo que en apariencia desaparece es porque se renueva gracias a mí. Tu esencia es la apariencia y nada más.

**La muerte.** —Te he dicho ya que no tengo la capacidad de mentir, todas mis palabras son transparentes y a diferencia de lo que crees, están exentas de dobles intenciones.

**La vida.** —Soy el radiante amanecer que despierta a palomas y delfines, y la puesta de sol que acoge a los amantes o a las panteras cuando abreven. Mi elemento es el fulgor, tu naturaleza es la oscuridad.

**La muerte.** —Es algo que admito. Me siento cómoda en la noche, mi madre eterna.

**La vida.** —Les pertenezco a todos y soy la responsable de la felicidad. Tú, en cambio, te prostituyes incluso con el peor postor y le perteneces a quien puede pagar con un dracma o un par de dólares al mercenario o al sicario. Eres portadora de pesares, eres inclemente.

**La muerte (con aire de superioridad).** —Solo les doy la paz, el descanso, la tranquilidad que tú, vida, que dices llamarte bella y benevolente, les niegas.

**La vida.** —No trates de volver excelsa tu labor. El toque de tus dedos solo dan el equilibrio que necesita el mundo.

**La muerte.** —No trabajo para ti ni contigo, ni mucho menos soy tu complemento, estoy por encima de ti. Admítelo, sin mí estarías sola y no sabrías qué hacer, sin mí serías la nada.

**Coro de demonios (levantando la cabeza desde su escondite).** —¡Nada, serías la nada!

**Demonio2** (ya de pie, leyendo el Necronomicón). —Las cabezas serán cortadas.

**Demonio3** (parado, escrutando el Códice Gigas). —Carne y sangre para todos.

**Coro de demonios.** —¡Cabezas! ¡Sangre!

<sup>a</sup> **La muerte.** —¡Silencio, ratas!

**La vida.** —¿Son aquellos tus hermanos, raza maldita? Callen inmundicias vomitadas de averno, mantengan cerradas sus fauces y atórense con su verborrea. (Caerán dos demonios convulsionando y arrojando sangre por los oídos. Demonio1 logrará escapar).

<sup>í</sup> **La muerte.** —No, esos bastardos no pertenecen a mi linaje y no los conocía, pero han sido quienes me han invocado. Me apiado de ellos, aunque era lo que merecían por hurgar en asunto que no les compete; aunque, por otra parte, me alegro. ¿Acaso no reparas en lo que acabas de hacer? Ahora eres como yo.

**La vida.** —Si existe alguna criatura que deba llamarse embustera, la tengo frente a mí.

<sup>a</sup> **La muerte.** —Presencio lo que los seres son, y les digo lo que son. No es engañar, es ser sincera. (La muerte, visiblemente molesta, lanzará un soplo hacia la vida. La vida retrocederá empujada por el aliento de la muerte y saldrá del escenario).

<sup>s</sup> **La muerte.** —Mi trabajo aquí no ha terminado. (La muerte tomará la silla ubicada en la parte derecha y la llevará al tercer plano. Permanecerá estática por dos minutos exactos. De fondo musical deberá sonar el Adagio en G menor de Tomaso Albinoni. Ingresará nuevamente e asesino).

<sup>a</sup> **El asesino** (se parará muy cerca del cadáver). —¡Oh, piedad de los cielos! Reconozco que soy un asesino. Te contemplo mujer, frígida por culpa de mi irreflexión y no puedo dejar de gemir en este dolor. Cuando al corazón lo ha invadido la vileza, los hierros de la culpa se arrastrarán hasta lo eterno. Aquí, unidos en este abrazo, siento la misma piel que tantas noches me acarició y le palpito como si estuvieras viva. Ahora bríndame, cadáver santo, el sonido de tu voz que susurró en mis oídos mil y una palabras de amor. (Se mantendrá abrazado al cadáver durante un minuto. Si se levantará de forma lenta, con su vestuario manchado por la sangre, como si fuese él quien estuviera retornando de la muerte). Que la eternidad te guarde en su gloria, mientras mi alma estará errante por siglos en las profundidades del Hades. (El asesino, visiblemente perturbado, se alejará del cadáver, se acercará al escritorio y quedará frente al público. Colocará sus manos sobre el mueble y se mantendrá con la cabeza agachada, mirando hacia la nada. Permanecerá en esta postura durante medio minuto en absoluto silencio, y únicamente se podrá escuchar el sonido amplificado de su respiración acezante. Pasado este tiempo y reparando en los libros a su alcance graficará el signo mayor doblando hacia su palma el pulgar de cada mano y pondrá los cuatro dedos extendidos de su mano izquierda sobre el Códice Gigas y la derecha con igual sincronización sobre el Necronomicón. Ambos libros estarán abiertos sobre el escritorio. Iniciar la invocación).

<sup>r</sup> **El asesino.** —Zi kia kanpa, zi dingir anna kanpa, namtillaku, zi kia kanpa. Muerte, yo te engendré y tengo como prueba el cuerpo frío de la que fuera esta mujer que mis ojos contemplaban. Ahora me pertenesces y exijo que manifiestes tu presencia ante mí. El alma descarriada de este infame te aguarda. (La muerte se levantará de su asiento y caminará hacia el asesino, esta vez con

la máscara puesta sobre su inexistente rostro).

**La muerte.** —Indigno eres para llamarme. No soy de alguien en específico, soy de todos y para todos, y todos son para mí. Un movimiento de la punta filosa y fría de mi guadaña es suficiente para acabar con toda la humanidad. No invoques fuerzas que luego no puedas controlar.

**El asesino.** —Entonces, guardiana de la noche, perdona el atrevimiento de este desquiciado.

<sup>l</sup>  
**La muerte.** —Aparta de mis oídos tus jerigonzas y dime de una vez el motivo de tu llamada.

**El asesino.** —El dolor que padezco por mis errores no me permite estar tranquilo en vida, quiero saber si me permitirá estar tranquilo cuando me des el beso de la eternidad.

<sup>s</sup> **La muerte.** —No puedo darte ninguna garantía.

<sup>e</sup> **El asesino.** —Tú que has existido desde remotos milenios, debes conocer hasta los rincones más apartados del inframundo. Dime, glamorosa criatura de las tinieblas, ¿no habrá un escondite para permanecer aunque sea un par segundos, una pequeña cueva clandestina, un túnel para escapar a un lugar de menor tormento, por lo menos una grieta que me brinde un poco de <sup>r</sup>esperanza?

<sup>á</sup> **La muerte.** —Esos predios no son de mi incumbencia.

<sup>e</sup> **El asesino.** —Me resigno. Quiero que me lleves al reino de la oscuridad.

<sup>o</sup>  
<sup>l</sup> **La muerte.** —Puedo guiar tu alma hasta aquel reino.

**El asesino.** —Muéstrale a mi yugular el poderoso filo de tu hoz. Cierro mis ojos, hazme tuyo.

<sup>y</sup> **La muerte.** —Quisiera, pero no puedo. Tus manos están manchadas de sangre que amaste a seres indignos. No me culpes, son reglas de mis jerarcas. Deberás hacerlo tú mismo.

<sup>a</sup> **El asesino.** —Dime cómo. Te lo imploro.

<sup>a</sup>  
<sup>n</sup> **La muerte** (señalará la piedra). —He aquí un instrumento que te pertenece (saldrá la muerte).

<sup>e</sup> **El asesino.** —Oh, benévola muerte, compañera que me entiende. Con las últimas fuerzas que me quedan a mi cuerpo acerco la roca y la coloco frente a mi rostro. Las lágrimas que bañan mis mejillas y chorrean hasta mi pecho no son suficientes para limpiarme el corazón. Ahora mis rodillas ya no sienten miedo. Ya no siento nada.

<sup>s</sup>  
<sup>n</sup> (El eco de la palabra *nada* deberá recorrer desde la zona de palco y retumbará por el efecto doppler hacia el centro y llegará hasta el tablado. El cuerpo no deberá caer de bruces sino hasta cuando el eco haya culminado. El asesino se desplomará e impactará su rostro destrozándolo contra la roca en el proscenio, salpicando de sangre al público de la platea. El Demonio ingresará por el lado izquierdo y tomará bajo sus brazos el Necronomicón y el Códice Gigas. Saldrá de escena. En la parte superior del telón, en las bambalinas, se mostrará un letrero de luz de neón que contendrá en letras grandes, llamativas y parpadeantes, la palabra *APLAUSOS*, una indicación para que los espectadores sepan que es el incómodo momento de aplaudir. El público <sup>e</sup>desconcertado, empezará a salir del teatro con desesperación. Se cerrará el telón).

<sup>l</sup>

<sup>e</sup>

<sup>n</sup>

a  
e

,

s  
e  
a  
e

y

e  
s  
s

o  
a  
o  
l  
i.  
s  
a  
,



## **El diario íntimo de Rebeca Bauer**

Ese conjunto de circunstancias aisladas que vistas desde una perspectiva menos convulsa suelen dársele el nombre de destino, quiso que hace un par de años me concedieran una estadía en el norte de Estados Unidos previo a una conferencia en la Universidad Estatal de Plymouth. Fue tanto un jugoso ingreso extra a mi entonces deteriorada economía, como un reconocimiento a mi esmerada labor como académico ya en el culmen de mi carrera. Mi ego se lo tomó muy a pecho. En mi desvarío de grandeza, opté por presionar a los organizadores para poder alojarme en un hotel de un pueblo cercano y no en la ciudad. De este modo, terminé pasando un día y una noche en Ramsdale, Nuevo Hampshire, con el objetivo de conocer el pueblo que da acogida al inicio de la famosa novela. De la conferencia y de los avatares que tuve que sortear para llegar a Plymouth hablaré algún día, pues los pormenores son vastos y nos ocuparían la mayor parte de esta historia que no tiene que ver con el condado de Grafton sino con el pueblo de la nífula. Llegué a Estados Unidos en otoño, y las marchitas y volátiles láminas desprendidas de los abedules no serían las únicas hojas que caerían sobre mis hombros durante aquel cansado año.

Es innegable que al conocer una palabra nueva se la empieza a ver en todos lados, en los poemas y letreros, en las etiquetas y crucigramas; de igual modo, a partir de ese momento el nombre de Ramsdale empezó a entrar en mi vida de forma constante.

Después de tres meses de haber regresado del viaje, tuve la noticia de que el anticuario Juan Abreu, antiguo amigo de la familia llegado al país desde las Islas Canarias, deseaba verme con urgencia, pues aseguraba poseer un documento histórico que, lastimosamente, no tendría un valor reconocido a no ser que alguien difundiera la historia. Para mi mala fortuna, el profesor Abreu me había considerado como el depositario de tan preciado secreto. Se trata, me dijo una tarde de diciembre de ese mismo año, luego de tomar el primer tembloroso sorbo de café, de una carta de amor manuscrita de Dolores Haze.

Al principio pensé que estaba tomándome el pelo, justo a mí, profesor universitario a punto de jubilarse y sin otra razón para vivir que no fuese la enseñanza de la literatura. Pasados unos minutos comprendí su seriedad, y comenzó a detallarme cómo la cuartilla llegó a sus manos.

Lo, la exuberante y legendaria muchachita evocada en la novela condenada de Nabokov retornaba a estos tiempos en la forma de la página arrancada de un cuaderno. El manuscrito describe el interés de Lolita por una de sus compañeras del instituto, a quien nombra tan solo con las iniciales RB.

En su búsqueda enfermiza por la verdad, el profesor Abreu pudo descubrir en los registros estudiantiles del colegio de Ramsdale que corren de 1945 hasta 1951, el luminoso nombre de Rebeca Bauer. Lolita, la chica vital que desesperaba a los muchachos con su desembarazada:

inocencia y su carisma desenfrenado, la nínfula que había inspirado las inmortales páginas de príncipe ruso, la Dolly de los sueños del no menos inspirado señor Humbert, estaba embelesada con una de sus compañeras.

La página de Dolores no brinda mayores detalles de aquel amorío. Lolita narra en la primera carilla un paseo con su madre por las afueras del pueblo en un ambiente bucólico, pero casi al llegar al final del lado posterior, sin fechar, se encuentra consignada una descripción del rostro de Rebeca y un sinnúmero de palabras de amor que le dedica, junto a un par de garabatos que intentan formar un corazón. El lenguaje de Lolita es torpe, aunque no cabe duda de que el papel era legítimo, le perteneció y constituyó una clara manifestación de sus sentimientos. El examen de la microfotografía que había contratado clandestinamente el profesor Abreu, y su comparación con los cuadernos de notas de la famosa joven estadounidense, determinaron que el manuscrito era auténtico.

Son conocidas las relaciones sáficas que Dolores Haze mantuvo con Elizabeth Talbot, pero aquellos lejanos cosquilleos de adolescentes poco aportan a la naturaleza sentimental de nuestra historia. Los sentimientos de Lolita hacia Rebeca Bauer superaban el plano físico que contra todo pronóstico, debido a su edad y su tiempo, se llegó a consumir.

Juan Abreu había viajado a Ramsdale casi en los mismos días en los que se desarrolló mi conferencia en Plymouth. Visitó la antigua casona de los Haze, recorrió las solitarias avenidas en el frío y lluvioso inicio del otoño y pudo dar con el paradero de la persona que le interesaba: la nieta de Rebeca Bauer.

Abreu me contó, con ciertos pormenores, que tuvo acceso al diario que Rebeca había llevado consigo en su adolescencia. Su nieta, una joven culta y suspicaz, amante de las artes escénicas, en principio se había mostrado celosa con tan preciado objeto, pero, al final, luego de que Abreu le explicó que sus intenciones eran sanas y que únicamente deseaba ojearlo para satisfacer una curiosidad personal, permitió que el profesor auscultara los valiosos apuntes. La joven no accedió a fotocopiarlos, alegando que eran documentos íntimos y que pertenecían al patrimonio de su familia. En su ansiedad por poseer la verdad, el profesor Abreu pidió a la joven una taza de té y al quedarse a solas con el cuaderno, aprovechó para fotografiar algunas de sus páginas, aunque su audacia le pareció insuficiente. Antes de que la muchacha regresara con la abrigadora bebida Abreu había abandonado la casa.

El profesor Abreu no solo me entregó el diario original de Rebeca Bauer, también me dio su contenido transcrito e impreso en unas pulcras láminas de cartulina, como si el espesor de su soporte brindara mayor autenticidad a sus estrofas. Entre las páginas que más llamaron mi atención están, por supuesto, las referentes a su relación con Dolores Haze. Solo consignar algunos de sus párrafos:

,

o

n Lunes

Hoy estuvimos asomadas a la ventana, observando a nuestros compañeros correr en el patio. Dolores tomó la iniciativa, se acercó a mí y me abrazó, y estando hombro con hombro y sintiendo nuestro calor, nuestras manos recorrieron la zona del ombligo para burlar nuestras pretinas y nos acariciamos pacientemente con pequeños pellizcos en nuestros pubis.

l

a

Miércoles

Hoy nos dimos nuestro primer beso. Fue un contacto rápido, pero la sensación no se borra de mi memoria.

l

e

e

Jueves

l

Nos volvimos a besar, esta vez con mucha pasión. Dolores me dijo durante las clases que si introducía mi lengua en su boca la sensación sería mejor. Lo hice y fue increíble. Lo intentaremos nuevamente mañana a la salida del colegio, pero esta vez será ella quien meterá su lengua en mi boca.

o

a

Lunes

o

He pasado tres días sin verla y han sido terribles. Dolores me ha dicho que me ama, pero no lo creo. La he visto pasear durante los recreos con un muchacho y eso me llena de celos. Creo que no me quiere más.

n

a

Martes

o

n

e

Sí me ama. Me lo ha dicho hoy mientras ha acariciado mis pechos y su lengua ha recorrido mi oreja. Me lo susurró y lo dijo: te amo Rebeca. Soy tan feliz. La he besado mucho.

a

ó

Jueves

u

,

u

,

No veré a Dolores hasta dentro de una semana. Llamé a su casa y la señora Haze me dijo que está enferma y que no le permiten visitas. Me siento tan triste.

,

Viernes

u

l

í

Hoy por la noche llamé a casa de Dolores. Su madre me dijo que estaba descansando. Espero que mejore pronto. Te amo, Dolores.

é

Miércoles

Han sido días interminables. El recreo y la salida del colegio no son lo mismo sin el amor de mi vida.

,

o

s

Jueves

Mañana vendrá Dolores a clases. Estoy tan feliz. Me haré el mejor de mis peinados.

e Viernes

Cuánto te extrañé, amor mío. Hoy tus manos me han vuelto a tocar y mis labios vibrantes te han reconocido.

i Lunes

s  
i Solo pasaron dos días sin vernos pero nos acariciamos como dos amantes perdidas que se reencontran después de muchos años. Hicimos el amor y nos besamos hasta que nuestras gargantas se secaron. Pude acariciar los pequeños botones de sus pechos, esas flores nacientes suaves y olorosas, y ella, como un animal sediento, sació su lengua entre mis piernas sorbiéndome toda. Desaparecí. No supe dónde me encontraba. Era otra entregada en los brazos intensos de mi Dolores.

o

o

Miércoles

Papá y mamá estarán fuera de casa por una semana. Invité a mi amor a hacer la tarea. Apenas llegó, lo único que hicimos fue abrazarnos y unir nuestros labios en un beso profundo. Lo hicimos en el sofá. Escuchamos la canción que me dedicó días atrás. Nuestros cuerpos desnudos eran dos cigatitos frotándose uno contra el otro. Ronroneábamos de placer mientras nuestros sexos se fundían en un solo grito de amor, y mis dedos se hacían con el bálsamo que manaba de su entrepierna y que luego llevé a mi boca. El alimento máspreciado, mi bella Dolores.

e Sábado

Esta vez ocurrió en mi casa. A Dolores la trajo la señora Haze. Apenas se despidió empezamos a amarnos. Dolores me tomó por la espalda, me bajó las calzas, me dobló y me enseñó una nueva forma del placer. Alternó su lengua y su mágico dedo. Solo puedo recordar que gemía como una desquiciada, y Dolores me sobaba con una pasión que no conocía, como si fuera un animal hambriento que se regocija por haber encontrado una presa con la cual saciarse. Perdí la noción del tiempo y luego nos quedamos dormidas en un abrazo interminable.

Pocas semanas más tarde, el uno de enero del año siguiente, coincidentemente el día en que nació Dolores Haze, intenté contactar al profesor Abreu para informarle mi decisión sobre aquellos reveladores documentos, pues estaba dispuesto a devolvérselos lo más pronto posible a considerar que eran una carga demasiado pesada para un espíritu tan agotado como el mío. No contestó durante toda la tarde de aquel angustioso día y no lo haría nunca. Por la noche, al enésimo intento, respondió la voz joven de una mujer que me dio la fatal noticia. Comprendí que la responsabilidad acababa de caer sobre mis hombros como un pesado otoño lleno, literalmente, de hojas muertas.

Debía, en honor a la verdad que envolvía la juventud de Dolores Haze, revelar el secreto, pero aquello significaba aventurarme a enfrentar a los descendientes de Rebeca Bauer por los documentos robados por el profesor Abreu.

Estos manuscritos que protejo con celo quizá no modifiquen la historia de Lolita y su fatídico desenlace, ni el de ella ni el de la familia Haze, pero le brindan otro matiz, le agregan otra capa una dimensión que pone en perspectiva la historia comúnmente conocida.

Todo lo que he narrado podría no ser más que una elucubración de la mente hambrienta de los misterios del ahora oscuro anticuario Juan Abreu, que me ha sido heredada. Lo más probable es que mi amigo acabara persiguiendo un fantasma, aquel espectro que atormentó los años de Nabokov durante la redacción de su novela, o podría ser la maldición de una Lolita fascinante que se reencarna una y otra vez en forma de enigma. Un fantasma que ingresó a mi vida y que no me ha permitido conciliar el sueño.

e  
ii

s  
s  
s  
n  
y

s  
a  
a  
l  
n

e  
e  
l  
o  
o  
a  
e

Debía, en honor a la verdad que envolvía la juventud de Dolores Haze, revelar el secreto, pero aquello significaba aventurarme a enfrentar a los descendientes de Rebeca Bauer por los documentos robados por el profesor Abreu.

Estos manuscritos que protejo con celo quizá no modifiquen la historia de Lolita y su fatal desenlace, ni el de ella ni el de la familia Haze, pero le brindan otro matiz, le agregan otra capa, una dimensión que pone en perspectiva la historia comúnmente conocida.

Todo lo que he narrado podría no ser más que una elucubración de la mente hambrienta de misterios del ahora oscuro anticuario Juan Abreu, que me ha sido heredada. Lo más probable es que mi amigo acabara persiguiendo un fantasma, aquel espectro que atormentó los años de Nabokov durante la redacción de su novela, o podría ser la maldición de una Lolita fascinante que retorna una y otra vez en forma de enigma. Un fantasma que ingresó a mi vida y que no me ha permitido conciliar el sueño.

## Los Robohumanos

En el año 2666 se crearon los robohumanos. Esta variante altamente modificada de la especie humana se diferencia de los ciborgs por un aspecto fundamental: en contraste con los robots—humanoides, los humanos—robot (o robohumanos como empezaron a ser conocidos) eran poseedores de una gran capacidad para manifestar sentimientos.

Los robohumanos fueron creados por una pequeña nación sudamericana gracias a la fusión de clones biológicos y ciborgs que al ser modificados con nanotecnología deformaron el comportamiento sináptico del cerebro y aumentaron, entre otras cosas, las funcionalidades intelectuales. El pequeño país sudamericano produjo a una verdadera horda de intelectuales nacionales y en apenas un par de décadas pudo estar a la altura de las grandes potencias tanto en artes como en ciencias. Nadie imaginó el desastre que significaría para la raza humana.

El primer intento por desarrollar esta descabellada hazaña de los hombres fue la implantación de minichips en la cabeza del cadáver de un pintor muy popular. La naciente nanotecnología logró mantener con vida durante algunas semanas al pintor, pero con el transcurso de los días el desdichado empezó a exteriorizar un dolor enorme y los científicos optaron por un acto de misericordia al suspenderle la vida.

El proyecto para que el primer robohumano pisara la tierra de forma independiente y satisfactoria tuvo una gestación de casi cien años a raíz de su concepción, gracias al esfuerzo denodado de la comunidad científica del pequeño país que, presionada por las circunstancias estuvo a la altura de la situación histórica a la que se vio abocada y logró desarrollar la tecnología necesaria sin ayuda extranjera.

Para el ya mencionado año 2666 se pusieron *en vida* la primera docena de robohumanos destinados para el servicio de acompañamiento a personas necesitadas o en estados vulnerables. La extensa gama de sentimientos que eran capaces de manifestar los dotaban de mayor humanidad y se mostraban más cariñosos que los propios familiares que abandonaban a las personas a quienes los robohumanos empezaron a custodiar: niños huérfanos, personas con capacidades especiales, enfermos terminales, ancianos.

Los robohumanos eran preparados mediante un condicionamiento psicológico a través de pequeñas historias que les narraban en la niñez y que se incrustaban conductualmente a manera de códigos de actitud. Una leyenda muy usual en los centros de adoctrinamiento de humanística donde eran desarrollados los robohumanos, narraba la historia de una anciana y su perro, que vagabundeaban por una carretera en un mundo desolado. A pesar de la flaqueza de su constitución y de su talante anémico, fue ella quien mantuvo con vida a la mascota, al alegar compasión y superioridad.

Como la biología de los robohumanos los capacitaba para ser inmunes a las enfermedades pudieron compartir incluso los alimentos con personas que padecían graves peste infectocontagiosas y de esta forma elevaron la moral y calidad de vida de los desdichados moribundos.

No obstante, la pequeña nación sudamericana reparó en la ayuda invaluable que brindaban los robohumanos en otros campos, como explorar experimentos químicos, y ya que los efectos de los gases mortíferos no afectaban en lo mínimo a los robohumanos, decidieron transformarlos en conejillos de India.

Gracias a la rápida producción de químicos y tecnología, el coste de la creación de un robohumano resultó casi un chiste.

En el año 2670 se dio la gran guerra contra Estados Unidos. En términos económicos era más rentable traer a la vida a un robohumano que importar una metralleta novosoviética de mira láser y miniexplosivos atómicos. El pequeño estado sudamericano decidió crear un ejército de robohumanos. Analizado en términos de táctica de guerra, este proyecto resultaba más rentable que la compra de armamento y los combatientes metahumanos eran más resistentes.

Como eran seres muy sensibles, los robohumanos eran capaces de sentir infinita misericordia y amor, pero también eran vulnerables de experimentar el odio y la furia más terribles.

Se los adoctrinó y se les inculcó el amor a la patria y la defensa de la soberanía.

Se entrenó un escuadrón élite de kamikazes que portaban miniexplosivos atómicos y que al estallar quedaban mutilados, pero a su alrededor generaban daños incalculables, incluidos los efectos por los residuos radioactivos que provocaban en el bando contrario como náuseas y vómitos de sangre instantáneos.

En menos de dos semanas los robohumanos ganaron la gran guerra para el país, con la visible figura de su caudillo Mesías.

Mesías era el más destacado robohumano tanto en lo físico como en lo intelectual.

Cuando terminó la guerra, Mesías asaltó el poder con un golpe de estado, derrocó al gobierno y en poco tiempo se hizo al mando de todas las funciones del país. Intervino el laboratorio de creación de robohumanos y aumentó la producción de estos en un cien por ciento. En sus soflamas alegó la protección de la raza humana.

Para el año 2672, los robohumanos eran legión. No solo habían ocupado gran parte de las costas de Sudamérica sino que también habían extendido los laboratorios por los territorios africanos conquistados.

En la actualidad, los robohumanos le han declarado la guerra a la mayoría de los países de América. Y está demás decir que todas las guerras las han ganado. Las últimas declaraciones de guerra conjuntas han sido contra los países más fuertes de la extinta Unión Europea (Chipre y Luxemburgo), China y la Nueva Unión Soviética, quienes han formado una extraña alianza. Si prevé la quinta guerra mundial, pues los ciborgs novosoviéticos y chinos son altamente sofisticados y peligrosos.

Los robohumanos alegan que la humanidad no puede manejar sus sentimientos y que se dejan



,dominar por ellos, convirtiéndose de esta forma en simples animales. Los robohumano  
sconsideran que se encuentran aptos para cuidar a los humanos, de la misma forma en la que algú  
y día remoto alguna señora anciana, con sabiduría, había cuidado de su perro.

s  
s  
n

n

s  
y  
e  
e

y

l  
s  
y

e

y  
e  
s

s  
s

e  
s  
y  
e  
e

n

dominar por ellos, convirtiéndose de esta forma en simples animales. Los robohumanos consideran que se encuentran aptos para cuidar a los humanos, de la misma forma en la que algún día remoto alguna señora anciana, con sabiduría, había cuidado de su perro.

## **El poder de la única reflexión**

Las posibilidades de nuestras experiencias son las que nos muestran que nuestras vidas son e ineludible resultado de la sucesión de momentos. Esto lo sabe Eduardo Jara, quizá sin esta consciente de ello. Pero un mal día, una premonición atormentó un efímero instante de su apacible existir.

Eduardo es un hombre delgado, de tez morena, de cabellos crespos y con un particular inconformismo frente a las situaciones inesperadas: le había el don del pensamiento. Se consideraba una persona normal, quizá asediado por los infortunios con los que castiga la subsistencia, pero por lo demás normal (esa palabrita tan relativa). Su trabajo como agricultor ha impedido que su estancia en el universo sea complicada; su facilidad existencial denota de forma nítida que lleva una vida sin ofuscarse en las complicaciones. Es propietario de una pequeña finca de terreno desgastado debido a las severidades de la erosión, pero con suficiente fuerza para producir el cacao necesario para una vida serena. Por las mañanas, un hábito característico marca su presencia por el alrededor campestre, aunque no existe nadie cerca que pueda presenciarlo a excepción de los perseverantes vegetales. La marcha hacia las matas de cacao es un ritual cotidiano. En este corto lapso, un humo difuso emerge acompasadamente desde lo más profundo de su paladar despidiendo el atroz aire por el ambiente que rodea el abigarrado paisaje. La tendencia de este lugar conserva un halo más de naturaleza selvática que de hábitat montuno. Eduardo es un fumado acérrimo. Su voluntad por respirar nicotina lo voltea hacia un lado más salvaje y quizás este simple hecho lo transforme a los ojos de todos en la persona que aparenta ser. Su vestimenta semicuidada (en algunas ocasiones hay que percatarse del lado bueno) denota la preocupación por su apariencia; y aunque vive solo, sin mujer, hijos o familiares, una rigurosidad de templanza le obliga día a día a colocar la mesa con minuciosidad y en horarios prefijados, una ceremonia que disfruta y que para él no implica complejidad alguna.

Es un ser muy soñador, siempre se imagina en situaciones agradables. Pese a esto, por algún enigma de su cerebro de propensión misteriosa y extraña, muy extraña e incomprensible, las representaciones que concibe no franquean los límites de su razón, y cuando lo han hecho (ha ocurrido en una ocasión en su vida) se ha consternado excesivamente a tal punto que se ha dejado conducir hacia un estado similar a la paranoia.

Trata de llevar una vida discreta, y lo ha logrado. Nunca le ha gustado enmarañarse en pensamientos abstractos o dificultarse la vida con dilucidaciones que acarreen ciertos tipos de imágenes confusas. Como prueba de lo afirmado evoco el gracioso acontecimiento de la semana pasada. Mientras Eduardo consumía con insistente deleite un cigarrillo recién encendido, caminaba sobre las hojas caídas y reseca que a cada paso tronaban con un sonido crujiente, le atacó un pensamiento. Para una persona que degusta de las extravagancias de la mente, esta idea

pudo haberla inducido a elevar esa reflexión a la categoría de trascendental, sin embargo, para Eduardo fue una pesadilla materializada.

Se le ocurrió una peculiar pero martirizante idea: *¿Qué pasaría si nos enterásemos que toda nuestra vida no es más que el simple sueño de nosotros mismos? O lo que es peor: es el sueño de otra persona.*

Se encontraba al borde de rebasar la barrera de la complejidad y alcanzar, quizás, un razonamiento mucho más profundo y claro; pero la idea le daba vueltas con la misma malicia con la que un gallinazo revolotea sobre la mortecina. Este hecho lo desmoronó. Llevó con desesperación ambas manos hacia su cabeza, la apretó con vigor, al tiempo que caía de rodilla sobre el camino estrecho, afelpado de hojas muertas. Pasaron unos segundos. Tomó una robusta mazorca de cacao y empezó a separar las pepas de la monilla.

He realizado un resumido comentario acerca de la vida de Eduardo Jara, y asimismo he pormenorizado una de las efemérides más relevantes pues guarda una significación esencial; todo esto para deleitarlos con un cuadro que sobrepasa la substancia artística de cualquier disciplina compleja.

En este momento Eduardo se encuentra sentado en las escalinatas del portal que conduce a su casa de caña seca. Está perdido en alguna reflexión poco común, quizá única. Succiona con pasión un consumido cigarrillo y su vista está extraviada en una abstracción demasiado inextricable como para describirla en corto tiempo, demasiado inefable como para intentar describirla.

Está pensando.

Está pensando en lo sublime que resultaría experimentar en cada transcurso periódico de la jornadas diarias el mismo suceso alegre que le acaeció hace un par de meses. *¡Qué hermoso sería que aquel día se repitiera durante toda mi vida!* Piensa.

De momento, la idea cae como rayo, partiendo en dos su lado obtuso y lo sume en la concentración que perpetúa su cuerpo en una etapa análoga a la vegetativa. Su cerebro es el único que actúa, el único que trabaja. Ni siquiera la facultad inconsciente de respirar es en él un producto normal, pues ya no es necesaria; se encuentra en un estado que sobrepasa la composición biológica de los animales pues su mente reacciona y lo forja en una anomalía natural.

Está pensado:

*Las personas vivimos realmente un solo día, en realidad un solo instante, y ese es el momento en que nos percatamos que todo lo que consideramos nuestra existencia no es más que el reflejo de una intrincada ilusión. En ese instante de confusión y a la vez de clarividencia, nuestra vida culmina, propiamente hablando en el sentido ilusorio de la existencia que creemos real; de la que verdaderamente se está proyectando.*

Se agota el cigarrillo, mas no deja escapar una última bocanada que le quema los labios. No percibe el ardor.

Continúa pensando:

*El único día que existimos es el día de nuestra muerte y el único acto real es el momento en que comprendemos que toda nuestra existencia ha sido una simple ilusión.*

a Se levanta y se dispone a ingresar a la casa. El pensamiento no cesa:

*Lo que creemos haber vivido es una ilusión múltiple, la experiencia es una ilusión. Puede parecer, en primera instancia, que todos los días vivimos el mismo día y la experiencia del día anterior es un fútil espejismo; pero, aunque lo parezca, la vida no es continua ni mucho menos repetitiva, esa es otra arbitraria ilusión, otro ilusorio razonamiento. No podemos vivir todos los días el mismo día, porque, lógicamente, debemos llegar a un punto único (y final, si tomamos en cuenta la representación aparente). La existencia se da en un momento, si se le puede llamar momento, y es el instante en el que estamos al borde de la muerte ficticia; comprendemos todo aquello. Quizá en una fracción tan exigua como para llamarle temporal.*

a Ahora abre la puerta, mientras un chagüís de ojos inquietos se posa en la escalinata. El cerebro procesa el pensar de forma lenta pero con mayor intensidad:

*Las experiencias pasadas son un espectro ficticio de la vida. El único tiempo de existencia es un soplo momentáneo y a la vez eterno, algo similar a sentir un orgasmo fusionado con una quemadura. Todo esto acontece en un enigmático periodo en el cual llegamos al verdadero razonamiento de que todos los hechos pasados no constituyen una realidad objetiva y que estamos existiendo tan solo para, en ese preciso instante, desvanecemos y no volver a existir más. Existimos en el momento en que logramos alcanzar la conjetura fugaz de que todo lo que consideramos experiencia es una falsa percepción, una memorización errónea, un truco para llegar, realmente, al estado de existencia. La existencia es leve, profunda, limitada. La existencia es el arte de estar consciente de que existimos, pero ese arte se presenta en un único instante pues luego se esfuma y la existencia pasa a formalizar un arte mayor: el de evaporarse en un ignoto campo; ignoto, porque nadie lo podrá ver, por la sencilla razón de que no existe aunque tenga el colosal poder de despertarnos en la verdadera muerte.*

El pensamiento le duele como un golpe en la tibia.

a Mientras ha pensado todo aquello, ha ingresado a la casa con la marcha de un autómatas. Ha ingresado a su pequeña habitación que despiden un intenso olor a café molido. Ahora se encuentra parado, con la vista mendigando un mendrugo de naturaleza, pues la escasa ventana apenas le concede el opaco privilegio de observar el sol poniente que se pierde de forma lenta en un ocaso imaginario: reflexiona, por vez excepcional en su vida, que aquello también es una ilusión, una ilusión que considerará real hasta el momento (repito, si se le puede llamar momento) en que termine la que califica su vida (aunque paradójicamente ya se ha percatado de esa quimera, aunque permaneciendo en aquel estado de ficción).

o A lo lejos, entre el penetrante olor campestre, entre las mazorcas de cacao que han roído las ardillas, entre las hojas vidriosas de los venerables guabos y la carne abundante de los mameyes membrudos, se puede escuchar el eco de un disparo de escopeta que proviene de la casa de Eduardo Jara. El lugar que destinaba para guardar su arma ha quedado vacío. El secreto de la vida se ha extinguido junto a él.

e  
x  
s  
i  
e  
y

o

s  
x  
o  
e  
r  
e  
x  
x  
o  
e  
;

a  
a  
e  
o  
a  
e  
n

s  
s  
e  
a

## **Caminata nocturna**

La despierta el sonido de la lluvia que golpea el pavimento. Con un halo de luz que proviene de una lumbrera alcanza a divisar la superficie de la calzada en paralelo a su rostro. Por fortuna su cuerpo está sobre la vereda. Se incorpora y siente el dolor que inunda sus piernas y su espalda, su tórax y su brazo izquierdo. Alcanza a sostenerse en el borde balaustrado del malecón, se incorpora y la lluvia impacta su cara haciendo que rueda una larga cascada por sus mejillas y por el cuenco de su ojo vaciado. Siente la desdicha y el dolor como un fantasma que trepa por su espalda desnuda y el cual es imposible ahuyentar. Su espíritu enclenque logra sostener su anatomía y la encamina tambaleante hacia el otro lado del bulevar, y ya a resguardo de la lluvia, se dibuja con una torneada silueta de prostituta. Así se materializa cada noche la mujer espectro.

\*

La noche da protección a la penumbra fría que azota a los penosos mendigos y a los viandantes ocasionales que salen de los tugurios o de alguna remota taberna insistiendo en poblar la niebla que pretende ocultarlos. Nada más común en esta ciudad enorme que toparse con noctámbulos que deambulan por las calles como duendes salidos de algún averno. Por esto no es extraño notar el paso bamboleante del hombre que ha sido durante muchos años un amante de las cantinas, un borracho empedernido y sin dudarlo un trasnochador contumaz, todo debido a su oscuro pasado marcado por el arrepentimiento, el dolor y la muerte de una mujer inocente. Como en cada madrugada, el hombre regresa a su tugurio ubicado en calles solitarias y polvorientas y con la última exhalación del ácido hedor a aguardiente se tumba sobre su catre que cumple la función de cama.

\*

La mujer espectro algún día tuvo carne, huesos y piel, respiró aire y vibró con las pasiones humanas. Había sido un negocio redondo. Algo medianamente complicado, pero nada imposible para las argucias a las cuales estaba acostumbrada. Satisfacer a un par de hombres no sería cosa de otro mundo. Lo había hecho antes, con resultados satisfactorios para los clientes y para ella. Eran cosas que podía considerar de rutina y ahora que lograba salir con éxito en la negociación de su contrato sexual, mientras se dirigía junto a aquellos dos hombres en un vehículo de vidrio polarizados que los alejaría de toda mirada, pensó que este sería su último trabajo, que su cuerpo había llegado a su límite, que había dedicado demasiado tiempo a una vida llena de zozobras : placer forzado, de desvelos y preocupaciones inútiles, y que ya era tiempo de descansar. Se sintió como una famosa maga cuya carrera llegaba a su cenit y que frente a la platea ofrendaba para un público inexistente el último gran acto.

\*

Aquella noche, no obstante, estando a un par de calles para llegar a su pobre residencia sucedió un acontecimiento insólito que turbó su espíritu libertino y lo hizo mantener un par de pasos erguidos, pues el hombre tuvo la visión nada agradable de una mujer desnuda. La vio, y lo que llamó su atención no fue su cuerpo de marcadas curvas que despertaban provocación sino su cara destrozada y la piel colgante de su rostro como una cataplasma babosa. Un ojo hendido y sangrante lo inspeccionaba. Un ojo que él conoció hace algunos años.

\*

La mujer espectro alguna vez ayudó a un hombre. Se acerca al desdichado con manifiesta carencia de preocupación. Le inquiere sobre sus lesiones mientras le ofrece el hombro. Extiende una mirada compasiva sobre sus heridas y varias caricias salvíficas que alivian los ardores de sus úlceras. Qué te pasó hombrecito, pregunta, lasciva aunque levemente turbada y le coloca sobre los hombros el abrigo de cuero. No es nada, contesta él, mientras cojea a su lado, solo un par de golpes, estoy bien. Es obvio que no estás bien, hombrecito, ven conmigo. Y Juntos se alejan por la amplia avenida. Viéndolos así de espaldas mientras se protegen de la lluvia que poco a poco empieza a menguar, la prostituta lo aventaja en tamaño al hombre, quizá por los tacones de stiletto pero eso no lo sabremos sino hasta dentro de un par de minutos a partir de los cuales la mujer se despojará de su calzado y el hombre también empezará a caminar erguido como si la causa de su desdicha hubiese sido la intensidad del aguacero y no la paliza que ha recibido. La lluvia ha parado. Al llegar a la esquina alcanzan a divisar a un grupo de personas que arremeten con violencia y a puntapiés sobre la humanidad de algún desdichado. Un poco estupefactos, ambos caminantes observan silenciosos y continúan avanzando. Ahora se puede apreciar mejor el horrible espectáculo. Contornos femeninos envueltos en coloridos ropajes de mujer, y con brazos semimusculados lanzan improperios al compás de las patadas. Ellos vienen a prostituirse como mujeres pero ni aun así dejan su lado de macho salvaje. Tendremos que rodear, quiero que evitemos cualquier percance, suficiente con los problemas que llevamos a cuestas, dijo la mujer espectro cuando aún tenía carne, hueso y piel, en la última ocasión en que ayudó a un hombre.

a  
e

\*

El hombre cerró los ojos con fuerza, sacudió su cabeza, y en un arrebato de nervios pretendió encomendarse a alguna fuerza superior en la que en realidad nunca había creído, pero se abstuvo pues recordó que en lo profundo de su talante palpitaba el razonamiento que le recordaba que jamás había sido una persona de devociones. La mala visión desapareció. A pesar de que atribuyó a aquel horror a los efectos desquiciantes del alcohol, le quedó la sensación amarga de saber que algo de aquello era cierto, que el fantasma horrible que se le apareció por segundos estaría acechándolo a la vuelta de la esquina o metido entre las sucias sábanas de su habitación. Intentó no pensar en ello y volver a su pena, porque después de todo habría sido precisamente por una mujer que había sumido su vida en un fango de depresión y embriaguez, y el rostro desfigurado de la mujer fantasma retornó a sus huesos. El hombre empezó a llorar y corrió hasta llegar a su casa y Nervioso, aseguró la puerta lo mejor que pudo y se arropó por completo, de pies a cabeza y Empezó a tiritar.

n

Solo ahora, en este momento, el miedo había aflorado por completo. La reacción natural de escapar (ese instinto de supervivencia que late en cada ser humano) había sido más poderosa que



cualquier principio de temor.

\*

Caminaron durante media hora. Haces este recorrido cada noche, le pregunta el hombre tratando de expresar fortaleza. Es mi caminata nocturna, le sonríe ella. Los pasos cebran y los semáforos que a esta hora son inútiles, van quedando atrás para dar lugar en primera instancia a calles no señalizadas y luego a los caminos empedrados en los cuales los zapatos del hombre comienzan a trastabillar. La lluvia ha cesado por completo. Es aquí donde vive la prostituta, en aquella casa marrón claro con una vistosa jardinera rebosante de plantas ornamentales cuyo helecho coronan el frontispicio que da la bienvenida a esta pareja de noctámbulos. En los ojos del hombre desconocido brilla una luz de violencia y muerte. Fue la última noche en que la mujer espectro hizo el amor y se entregó por completo.

\*

Sucedió lo insólito: escuchó el estruendo de una larga cadena que se arrastraba desde la entrada de su casa y pasaba frente a su recámara. Era un sonido frío y rechinante. Sus cabellos se erizaron, todos sus vellos eran agujas rectas, clavos helados que lo hacían temblar. Un lamento surgido del infierno lo congeló, lo paralizó por completo.

El quejido poco a poco se fue alejando hasta que se transformó en un susurro débil y distante. El hombre pretendió salir de las sábanas, pero el pánico se lo impidió. Pensaba que ese lamento involucraría a surgir y que haría temblar cada parte de su cuerpo. No pudo estar seguro de cuánto tiempo pasó en aquella posición incómoda e inmóvil. De lo que sí estuvo consciente es que fueron horas completas, y que ya tenía la intuición de que había amanecido. Se equivocó. El alba aún no despuntaba y cuando levantó la sábana un temblor renovado se apoderó de toda su anatomía. Sentada junto a su catre se encontraba la mujer desnuda de rostro desfigurado. Su mirada de un solo ojo era penetrante y evidenciaba la intención de no dejarlo escapar. El miedo lo convirtió en piedra, una piedra que vibraba desde adentro y que estaba a punto de estallar. El horrible espectro solo lo miraba sin moverse y eso inspiraba más miedo que si pretendiera atacarlo. La sangre de la mujer seguía fluyendo, como si el efecto de coagulación fuera la fantasía y no el espectro en sí mismo. La mujer empezó a abrir su boca de profundidad negra y lanzó un chillido atroz mientras se abalanzó hacia él con las manos salpicadas por una uñas largas, negras y filudas como los tacones de zapatos que alguna vez usó.

\*

La mujer espectro cada noche recorre el bulevar en su caminata nocturna. La podemos ver, está aparada aquí, justo en el lugar en el cual empezó este desvarío que se le ha tornado infinito. La mujer espectro también siente. Alza su mirada hacia la constelación de Orión. El agua del río circula ajena a sus desdichas cual pálido Aqueronte. Por fin siente el líquido resbalar por sus mejillas ya materializadas, fría y elásticamente, como si no quisieran interrumpir su caudal desde el lugar de su nacimiento, como si ya formaran una sola anatomía desde hoy y para siempre. No es la lluvia y la mujer espectro lo sabe. Esta noche no lloverá. La mujer espectro alcanza a ver a lo lejos a un hombre que se bambolea.

\*

Encontraron el cuerpo del hombre lleno de laceraciones y con un corte de muerte a la altura de la vena yugular. Los vecinos comentaron que habían escuchado ruidos y llantos, pero atribuyeron el disturbio a los escándalos habituales que acostumbraba hacer el desdichado cuando se embriagaba. Se habló de su orientación alcohólica y no faltó el que aventuró la posibilidad de una tendencia suicida. Nunca se esclareció la verdad del asunto pues al fin y al cabo y siendo sinceros ¿a quién le podría importar ese tal hombre. A nosotros tampoco.

e  
n  
s  
s  
r

a  
l  
l

.  
o  
o  
n  
o  
.  
n  
n  
o  
a  
l  
o  
s

á  
a  
o  
s  
e  
s  
o

Encontraron el cuerpo del hombre lleno de laceraciones y con un corte de muerte a la altura de la vena yugular. Los vecinos comentaron que habían escuchado ruidos y llantos, pero atribuyeron el disturbio a los escándalos habituales que acostumbraba hacer el desdichado cuando se embriagaba. Se habló de su orientación alcohólica y no faltó el que aventuró la posibilidad de una tendencia suicida. Nunca se esclareció la verdad del asunto pues al fin y al cabo y siendo sinceros a quién le podría importar ese tal hombre. A nosotros tampoco.

## Recuerdos quemados

El recuerdo se me paseaba por el cerebro como péndulo de hipnotista frente a los ojos de futuro hipnotizado. Algún extraño impulso me incitaba a que escribiera la historia que marcó mi vida, pero del mismo modo que una persona de mente fuerte se niega a caer en el trance de la hipnosis, yo me negaba a escribirla.

El mes pasado, después de cavilaciones inútiles sobre adquisiciones de conocimientos que hoy abiertamente rechazo, me arriesgué a hacerlo. Estaba convencido, según los dictámenes de uno de aquellos tantos libros denominados de *ayuda autoinducida*, que una forma de deshacerse de un recuerdo atormentador era desahogándolo para así poder eliminarlo: escribirlo y después hacerlo desaparecer, era la receta.

Mi fascinación hacia la escritura se había despertado desde muy temprana edad y aunque no lo ejerzo profesionalmente, soy muy adepto a ella (tengo algunos relatos propios deambulando por los rincones de la casa). Como lo expresé, al comienzo deseaba escribirla con el afán de sacarla de mí, pues mantenía la fantasiosa idea de que si la plasmaba en una hoja se esfumaría la turbulenta remembranza y pasaría a vivir en donde hubiese quedado copiada.

Sin embargo, en aquel ilusorio pensamiento, una inquietante y a la vez sombría palabra me aterró sobremanera: *vivir*. Lo que más deseaba era que la historia desapareciera... acabara.. muriera, y si la plasmaba, esta tomaría más vida, una vida mucho más objetiva. Por esto, luego de estudiar de forma incansable y de inmiscuirme profundamente (hoy digo estúpidamente) en el mundo de la llamada *ayuda autoinducida* pude recapacitar que uno de sus principios satisfacía mis anhelos: escribiría la historia y, en lo ulterior, la quemaría.

Así lo he hecho. En mi existencia nunca he hallado un suceso de trascendencia como el que relataré. Mi vida no es para nada interesante, excepto por un momento dado. Es así como he redactado la historia:

Con una actitud cotidiana me incorporé de la hamaca, sacudiéndome con un bostezo el letargo del sueño después de haber dormido la siesta acostumbrada.

Me dirigí hacia mi habitación con la vista puesta sobre una revista que ostentaban mis manos. Me escabullí por la villa sin necesidad de percibir la presencia de las paredes, pues el condicionamiento habitual me había capacitado para deslizarme por la casa con tranquilidad y sin tropiezos. Caminé con lentitud y al llegar a mi alcoba me posé en el marco de la puerta. Ella, mi esposa, se encontraba sentada al filo de la cama, entretenida en las marañas de algunos viejos libros que conservaba en un estante de la habitación. La contemplé por un momento. Estaba absorta, con la atención consumida en cada letra que absorbía parte de ella, con la mirada divagando en ese mar de palabrería, abstraída por las mentiras forjadas en aquellos textos (las obras literarias siempre se encuentran plagadas de mentiras, los escritores somos unos mentirosos

ya lo han dicho voces más autorizadas que la mía).

En todo el tiempo que estuvimos juntos jamás había proyectado ese estado casi de inercia y a la vez de profunda interacción entre ella y un libro. Quizás me causó asombro porque nunca había percatado, con merecida atención, el proceso de sus acciones al estar frente a un ejemplar de estos, o talvez porque jamás había observado, con la atención necesaria, a una persona leyendo En fin. Me alejé con cautela del lugar pues su mirada no me había notado aún. Tengo que reconocerlo: en ese instante me enamoré muchísimo más de ella.

Emergí hacia el patio posterior y de un corto anaquel tomé una gruesa hacha oxidada por las calamidades con las que nos multa, a metales, frutos y animales, el benéfico y a la vez perjudicial oxígeno. Tenía pensado desgarrar un tronco añoso que se encontraba en el jardín frontal y que después de tantos años de haber sido semitalado, había, de manera misteriosa, sobrevivido a las rigurosidades naturales, o por lo menos aparentaba sobrevivir.

Cargaba en una de mis manos la no tan pesada herramienta y con el mismo sosiego con el que anteriormente atravesé la residencia, volví a cruzarla; y al igual que en el trayecto anterior me detuve al pasar por mi cuarto. Mi esposa proseguía con su lectura. Había tomado una postura cómoda, asentando su cabeza en una de las almohadas y acostándose a lo largo de la cama inversamente a la cabecera, lo que me otorgaba una vista espléndida de su cuerpo. La observé y me volví a enamorar.

Como en la ocasión primera, esta vez tampoco pudo verme y no tanto porque estuviera en letarjía, sino porque se encontraba de tal forma que si hubiese alzado la vista, habría observado únicamente una pared vacía, ya que estaba a espaldas de la puerta. Me acerqué a ella poco a poco, embelesado por un amor inexplicable (todos sentimos ese amor pero en ese instante lo sentí con mucha más fuerza). Me acerqué a ella, tanto, que pude refrescarme con el inefable aroma de su perfume que afluía intensamente a mi olfato y me cedía un placer gratificante. Intenté darle un beso. Me imaginaba brindarle un beso tierno en sus desenmarañados cabellos negros que brillaban frente a mí con una luz expansiva digna de volcarse en analogía con el esplendor que proyecta la luna llena en una noche estrellada. Intenté darle un beso. Sería un beso suave, un beso glamoroso, exento de todo tipo de erotismo y cargado de un afecto idólatra. Intenté darle un beso. Nunca le había obsequiado un beso como el que estaba a punto de ofrecerle, sería el más intenso y a la vez el más tierno, el más sofisticado y humilde, el más esplendoroso y sencillo, el más universal y único. Intenté darle un beso, empero inadvertidamente, mis manos habían empuñado con fuerza la corta hacha y la mantenían en lo alto. Y cuando pude alcanzar un momento de lucidez, me percaté de que el utensilio que iba a emplear para cortar un tronco, había partido su cráneo.

La misma historia la he escrito por diez ocasiones en este mes y también el fuego la ha devorado ese mismo número de veces, aunque tengo la vaga sensación de que cada nueva versión se priva de un párrafo de la historia precedente. Pero no, no puedo dejarme seducir por las impertinencias de los timadores. Lo que recuerdo es que la he redactado sin cambiarle o adherirle algo que no lo haya apuntado antes. Y esto, en lugar de hacérmela olvidar, me la ha hecho grabar con letras indelebles que solo serán borradas con el viento de la muerte.

El castigo que he pagado por este cruel hecho es no poder quitármelo de encima ni siquiera un instante. Me atormenta en cada segundo como una tenebrosa pesadilla, lúgubre e imperecedera.

Hoy escupo en la cara con palabras prosaicas a aquellos ilusos seudoescritores, que con dogmas antiquísimos, sofismas y peroratas, intentan arreglar la vida. Tal vez funcione con la cabeza en las que invade este tipo de influencia, así como funciona la hipnosis en las mentes sugestionables (lo digo sin pretender subestimar a persona alguna ni mucho menos ofender a la humanidad).

Es todo lo que recuerdo. Es todo lo que constituye mi recuerdo. A veces pienso que solamente es un oscuro sueño pues la reminiscencia me despierta a cada momento (así no esté dormido como una macabra pesadilla).

No me pregunten el motivo, esto es lo peor de todo, pues no logro evocarlo. No me pregunten qué hice con el cuerpo, porque mi memoria carece de ese conocimiento. Solo recuerdo haberlo asesinado y haber aparentado una vida normal. A veces creo que mis recuerdos perdidos han escapado con el humo de notas quemadas. Y entonces, luego de mi desvelo, con las ojeras violáceas pintando mi cara, tomo mi instrumento de escritura y me preparo para redactar algunos párrafos que sé que estarán perfectos y que a la postre entregaré a la voracidad consumidora de fuego. Será otra parte de esta macabra historia que luego no sé si desaparece o si se intensifica.

Me he convencido que solo la muerte es la solución, pero soy tan cobarde que no puedo acabar con mi vida, o soy tan valiente que sigo soportándola.

a  
i  
e  
s  
e  
n  
s  
a  
n  
n  
a  
l  
,  
,  
r

a  
n  
s  
e  
r

n

Hoy escupo en la cara con palabras prosaicas a aquellos ilusos seudoescritores, que con dogmas antiquísimos, sofismas y peroratas, intentan arreglar la vida. Tal vez funcione con las cabezas en las que invade este tipo de influencia, así como funciona la hipnosis en las mentes sugestionables (lo digo sin pretender subestimar a persona alguna ni mucho menos ofender a la humanidad).

Es todo lo que recuerdo. Es todo lo que constituye mi recuerdo. A veces pienso que solamente es un oscuro sueño pues la reminiscencia me despierta a cada momento (así no esté dormido) como una macabra pesadilla.

No me pregunten el motivo, esto es lo peor de todo, pues no logro evocarlo. No me pregunten qué hice con el cuerpo, porque mi memoria carece de ese conocimiento. Solo recuerdo haberla asesinado y haber aparentado una vida normal. A veces creo que mis recuerdos perdidos han escapado con el humo de notas quemadas. Y entonces, luego de mi desvelo, con las ojeras violáceas pintando mi cara, tomo mi instrumento de escritura y me preparo para redactar algunos párrafos que sé que estarán perfectos y que a la postre entregaré a la voracidad consumidora del fuego. Será otra parte de esta macabra historia que luego no sé si desaparece o si se intensifica.

Me he convencido que solo la muerte es la solución, pero soy tan cobarde que no puedo acabar con mi vida, o soy tan valiente que sigo soportándola.

## Dictadores

Cuenta la Historiografía, contundente ciencia que en materia de pasajes como los que aquí se narran jamás se ha equivocado, que en algún lugar de Francia, durante los primeros días de decimoprimer mes del año mil novecientos cuarenta, cinco meses después de que las tropas alemanas derrotaran a las huestes galas, el Führer junto a otros grandes líderes europeos que por aquellos años dirigían los destinos del mundo, mantuvieron una reunión de carácter secreto en la que se fijaron las directrices políticas que modificarían el curso de la historia. Entre los asistentes a tan insigne congreso destacaron Benito Mussolini y Francisco Franco. Aquella fue (extraoficialmente) la quinta vez que Hitler se reunió con Mussolini y la primera vez que lo hizo con el Generalísimo.

Según cuenta la historia, Iósif Stalin, cuyos servicios secretos eran infalibles, al tener conocimiento del día y lugar de la reunión decidió asistir por cuenta propia y llegar de sorpresa a última hora para ratificar el pacto Ribbentrop-Molotov de no agresión firmado hacia casi un año sin haberse perdido, no obstante, los detalles de la asamblea y haber participado en el consenso aunque sin haber alcanzado una de las delicias gastronómicas preferidas en la engañosa dieta vegetariana del Führer que consistió en una trucha asalmonada con crema de mantequilla, cuyo plato habría devorado en cuestión de un par de minutos habiendo aplacado su deseo de insatisfacción al pellizcar parte de la sobra de la escudilla de Mussolini. El pobre de Stalin, muerto del hambre, alcanzó únicamente el postre, una crema bávara con frutas exóticas que no agradó al exigente paladar del soviético. Apartó el alimento con desprecio, demasiado molesto por no haber alcanzado la trucha y en ese momento extrañó su apetecible salmón de Siberia que le hubiese gustado haberse servido con un buen vaso de vodka, como era la costumbre. Hitler, un tanto irritado por el desaire del georgiano, acercó el recipiente y devoró el manjar con tan solo dos cucharadas, ya hubiese sido por brindarle al líder de la URSS una clasecita de buenos modales mostrándole que no hay que despreciar lo que se ofrece de buena voluntad, o ya hubiese sido porque al parecer aquel día el estómago del guía supremo de la Alemania Nazi se habría despertado con exceso de apetito. Este es uno de los más grandes misterios que intriga a la historiografía moderna. Aquel día se suscribió un renovado pacto de no agresión al más alto nivel directamente entre los líderes. Y lo cierto es que en dicho convenio se estipuló no solo la coexistencia pacífica entre los cuatro imperios, sino también una alianza tanto defensiva como ofensiva para salvaguardar la seguridad de cualquiera de ellos frente a amenazas externas. Cuentan las malas lenguas que la gula, al ser un pecado mortal, es capaz de inducir muchas otras transgresiones, y sería por esto que Hitler ordenó colocar con mucho cuidado la letra chiquita en el contrato en el que a la postre no se esclarecía si Alemania podía atacar Rusia. Esas mismas malas lenguas aseguran que el hambre conduce al malestar anímico y que tal perturbación es determinante en todas y cada una de nuestras desgracias, y habría sido por este motivo que Stalin no quiso leer las letras más pequeñas del acuerdo, urgido por el clamor de sus tripas y por e



recuerdo del salmón.

Firmaron los cuatro.

Para mantener controladas a las masas rusas y alemanas y confundir a sus detractores, Hitler organizó una reunión posterior, tan solo días más tarde, con el ministro de exteriores soviético Viacheslav Molotov, en la que, a la luz pública, la Alemania nacionalsocialista y el imperio comunista dejaban en claro que guardaban diferencias inconciliables. El plan no fue urdido con el único fin de desorientar al mundo, sino y sobre todo para engañar al despistado caudillo ruso. Y tal como consta en las páginas de cualquier libro de colegio, al siguiente mes, el líder alemán autorizó con su rúbrica la operación militar que consistió en preparar la invasión a la antaño gloriosa y ahora maltratada Unión de los Soviets. Como es conocido por todos, el veintidós de junio del año siguiente la Alemania Nazi invadió la URSS.

Todos estos pintorescos personajes poseían el secreto, ahora prostituido en las esferas políticas de discretas logias. No en vano Hitler y Stalin eran adeptos de la francmasonería y Franco y Mussolini pertenecían al conciliábulo del Opus Dei. Todos poseían la palabra. Conocían su poder. Se la despojaron a Vladímir Maiakovski y a Ósip Mandelshtám, a Isaak Bábel y a Mijái Bulgákov, a Borís Pilniák y a Borís Pasternak, a Aleksandr Solzhenitsyn; se la arrebataron a Bertolt Brecht, a Primo Levi, y a Thomas Mann, a Janusz Korczak y a Max Jacob, al inmortal Bruno Schulz con un disparo en la nuca; se la robaron a Miguel Hernández y a Federico García Lorca después de fusilarlo en la madrugada; y luego, con la palabra, arengaron a las masas rusas y sometieron pueblos enteros. Y después, dirigieron soflamas sobre las muchedumbres españolas y las condenaron al ostracismo. Luego, encumbrados en los podios más lujosos vociferaron operatas que adormecieron naciones enteras. Y más tarde profirieron mágicas consignas racistas que llevaron a la muerte a cientos, miles, millones de personas. La palabra: opio supremo y bálsamo liberador. Es peligrosa en lenguas inseguras y déspotas. Cuando suena como canto en las bocas adecuadas es liberadora, pero mal usada degenera en muerte.

Y así, entre risas, anécdotas y desvaríos concluye la historia de la reunión secreta de los sátrapas. Debo referir, en honor a la verdad, que un grupo de historiadores ucranianos, desde el anonimato, han aseverado que poseen el histórico documento en el cual constan las firmas de los cuatro personajes aludidos, pero jamás lo han mostrado al mundo. Autoridades reconocidas en el campo histórico, han descartado estos testimonios al denominarlos marrullerías propias de timadores que han dado pie a las más descabelladas teorías conspiranoicas. De esta forma queda consignada aquí la contraparte de la existencia del documento, para beneplácito de los espíritus más escépticos. Que no se diga que yo también pretendí timarlos.

a  
o  
i.  
s  
n  
s  
s  
n  
l

recuerdo del salmón.

Firmaron los cuatro.

Para mantener controladas a las masas rusas y alemanas y confundir a sus detractores, Hitler organizó una reunión posterior, tan solo días más tarde, con el ministro de exteriores soviético Viacheslav Molotov, en la que, a la luz pública, la Alemania nacionalsocialista y el imperio comunista dejaban en claro que guardaban diferencias inconciliables. El plan no fue urdido con el único fin de desorientar al mundo, sino y sobre todo para engañar al despistado caudillo ruso. Y tal como consta en las páginas de cualquier libro de colegio, al siguiente mes, el líder alemán autorizó con su rúbrica la operación militar que consistió en preparar la invasión a la antaño gloriosa y ahora maltratada Unión de los Soviets. Como es conocido por todos, el veintidós de junio del año siguiente la Alemania Nazi invadió la URSS.

Todos estos pintorescos personajes poseían el secreto, ahora prostituido en las esferas políticas de discretas logias. No en vano Hitler y Stalin eran adeptos de la francmasonería y Franco y Mussolini pertenecían al conciliábulo del Opus Dei. Todos poseían la palabra. Conocían su poder. Se la despojaron a Vladímir Maiakovski y a Ósip Mandelshtám, a Isaak Bábel y a Mijaíl Bulgákov, a Borís Pilniák y a Borís Pasternak, a Aleksandr Solzhenitsyn; se la arrebataron a Bertolt Brecht, a Primo Levi, y a Thomas Mann, a Janusz Korczak y a Max Jacob, al inmortal Bruno Schulz con un disparo en la nuca; se la robaron a Miguel Hernández y a Federico García Lorca después de fusilarlo en la madrugada; y luego, con la palabra, arengaron a las masas rusas y sometieron pueblos enteros. Y después, dirigieron soflamas sobre las muchedumbres españolas y las condenaron al ostracismo. Luego, encumbrados en los podios más lujosos vociferaron peroratas que adormecieron naciones enteras. Y más tarde profirieron mágicas consignas racistas que llevaron a la muerte a cientos, miles, millones de personas. La palabra: opio supremo o bálsamo liberador. Es peligrosa en lenguas inseguras y déspotas. Cuando suena como canto en las bocas adecuadas es liberadora, pero mal usada degenera en muerte.

Y así, entre risas, anécdotas y desvaríos concluye la historia de la reunión secreta de los sátrapas. Debo referir, en honor a la verdad, que un grupo de historiadores ucranianos, desde el anonimato, han aseverado que poseen el histórico documento en el cual constan las firmas de los cuatro personajes aludidos, pero jamás lo han mostrado al mundo. Autoridades reconocidas en el campo histórico, han descartado estos testimonios al denominarlos marrullerías propias de timadores que han dado pie a las más descabelladas teorías conspiranoicas. De esta forma queda consignada aquí la contraparte de la existencia del documento, para beneplácito de los espíritus más escépticos. Que no se diga que yo también pretendí timarlos.

## El avaro

Anocheceía. La luna lo sorprendió en medio del desierto con el frío calándole los huesos y con los monzones queriendo elevar su fuerza. El peregrinaje que se había impuesto le había consumido más de dos semanas de agotamiento y soledad, y allí, caminando hundido a la altura de los tobillos y casi ciego por la insistencia de la arena en los ojos, finalmente llegó a las ruinas que tantos años buscó.

Al genio de la lámpara, milenaria criatura con la que soñó desde pequeño por enseñanzas de aquellos viejos libros y las leyendas narradas por sus ancestros, lo vio tal como era: un espectro de triple rostro con silueta de mujer indicándole que le concedería un único deseo.

Afiebrado en medio del desierto, picado por los escorpiones, víctima de deshidratación y delirios, había discurrido durante interminables desvelos el favor que solicitaría al espíritu a momento de invocarlo. Pediría multiplicar sus deseos y así continuaría ad infinitum. Por ello no se había devanado los sesos premeditando la única aspiración a elegir: la vida eterna, la eterna juventud, el amor eterno, la riqueza eterna. Y allí, mirando únicamente a una de las varias caras de la aparición, comprendió que no podía andar con juegos, que dicha demanda sin fin sería tomada como una falta de respeto ante la deidad. Se amilanó y tuvo que conformarse con pedir todas las riquezas del mundo.

Y le fueron concedidas, con la advertencia de que toda buena suerte acarrea sufrimiento y dolor en la misma medida en que beneficia, para de esta forma impedir que se rompa el apenas perceptible equilibrio del universo.

Pero él, portador de un espíritu ambicioso, quiso crear un mundo propio en el que no existiera dicho balance, en el cual el entorno girara de manera exclusiva para su satisfacción y gozo.

Por ello, empezó por construir una isla artificial en medio del desierto. Una extensión de tierra rodeada por agua en la que no podría faltar ningún detalle en el anhelo por alcanzar la perfección: un sitio con agua de mar y peces, con navíos y albatros volando sobre los residentes, y para ello movió influencias tanto en reinos aledaños como en lejanos dominios hasta conseguir los afluentes del agua salada que requería para su demencial proyecto. Riquezas para costear los gastos jamás le faltarían y su pasión exacerbada nunca desistió. Sus desvaríos continuaron con la construcción de un palacio, estructurado como un rascacielos babilónico desde el que pudo otear el horizonte todo, y cuyas galerías interiores casi infinitas estaban interconectadas una con otra por medio de corredores y escaleras que subían y bajaban pero que nunca desembocaban en un mismo piso, de modo que constituían un contemporáneo laberinto vertical. Conquistar la cúspide le pertenecía: él y la alcanzaba cada vez que buscaba un momento para despejar su mente de las distracciones tan superfluas del mundo.

Con la vida organizada, decidió desposar a una de las muchachas de los alrededores, pero no encontró el prototipo de mujer que satisficiera sus expectativas. Ninguna lo estremeció. Porque no solo fueron inspecciones visuales sobre los contornos femeninos, ya que en su afán de carne había decidido primero probarlas a todas. Llevó a su lecho a chicas vírgenes y a mujeres de experiencia, a doncellas y cortesanas, a féminas elegidas al azar tras el enigma del burka, a monjas veinteañeras y cuarentonas robadas de lejanos conventos y traídas a su isla por los caudales que unían los mares del mundo con su mar propio; probó esclavas negras y esclava indias, esclavas chinas y esclavas turcas, esclavas eslavas. Reyes de patrias remotas pusieron sus pies a sus hijas y esposas, a sus condesas y consortes. Ninguna fue la ideal. Claro que podía tener mujeres, muchas, de carne y hueso, de más carne que hueso y de más hueso que carne y mujeres de pieles aterciopeladas y tatuajes exóticos, mujeres de todos los olores, pero no, él quería la mujer, deseaba una mujer ideal, hecha a imagen y semejanza de sus anhelos, deseaba la mujer perfecta y para su aspiración se empeñó en el descabellado objetivo de hacerla.

Empezó por procurarse el material del que estaría formada la particular anatomía. Un elemento albuminoide y maleable al que le podían otorgar infinidad de formas y que lo habían fabricado los súbditos en rituales macabros y casi interminables, de manera exclusiva para dicho propósito.

Él, gran conocedor del cuerpo femenino, lo moldeó a su antojo, sin omitir ningún detalle que evidenciara la esencia de ficción de aquel voluptuoso nuevo ser. Para forjarle el carácter le dotó de un semblante con ligeras arrugas y le imprimió otras líneas de expresión que se aclimataban a la naturaleza del propio artífice, venas y arterias tanto estrechas como dilatadas, una piel porosa, una leve cicatriz a la altura del ombligo para brindarle mayor realismo a su creación comprendiendo que cada imperfección presente le sumaría un matiz de realidad.

Colocarle la cabellera fue una tarea estoica. Adquirió el cabello mejor tratado de los alrededores y lo implantó hebra por hebra, con una paciencia y amor que jamás se verá en cuento y leyendas, la misma serenidad milimétrica que conservó al incrustar los vellos de sus brazos respaldas y piernas, los de la comisura de las nalgas, palmo a palmo, poro a poro, culminando con el poblado vello púbico que delineó con pudor y perseverancia.

Los ojos fueron un cometido de mayor envergadura pues debió soportar una larga espera hasta la llegada de la nave que había enviado a ciudades desconocidas y que traían a su regreso las preciadas vistas junto a otros elementos que constituyeron las entrañas del naciente cuerpo, entre ellos un útero profundo donde debía caber todo el amor que él tenía para dar, y un corazón conservado intacto que se había extirpado de una adolescente casta en un lóbrego rito al otro lado del mundo. Dentro del corazón el creador colocó sangre de sus propias venas.

Fueron unos ojos marrones los que a la postre adornaron la fisonomía del hermoso simulacro de mujer, que comenzó a verse asomada en el amplio y distante ventanal que adornaba la cúspide del palacio. Los súbditos de la isla celebraron que su soberano por fin había conseguido amor. A parecer esto fue lo que sucedió, porque él trataba a su creación con el respeto que se le debe a una dama de carne y hueso, con las atenciones propias que se le ofrenda a una persona a cuyo corazón nos sentimos imantados. Conversar con ella sería solo el comienzo de una cadena de ceremonias que empezaría a llevar de forma cotidiana, sintiéndose desahogado al narrarle a alguien las vivencias del día a día, y desfogar su alma al contar los anhelos y desesperanzas.

Los besos iniciaron en las manos, antes de cada conversación y a manera de saludo, pero si

ointensificaron con el paso de los días, cuando él empezó a recorrer los tersos y bien delineado  
antebrazos femeniles imaginando que el contacto de sus labios hacía erizar los pelillos de la muje  
ainanimada. Estimulado por el deseo, la empezó a besar en los labios, sintiéndose correspondido  
esabiendo en parte que ninguna otra boca podría tocar aquel lugar sagrado. Estremecido por un  
apasión oscura nacida de su vientre, comenzó a llevarla a la cama. Por las mañanas penetraba con  
sun amor bestial a aquel fanteche idealizado esperando que emitiera un gemido de satisfacción  
spero lo único que tronaba en medio de los ecos de la amplia habitación eran sus alaridos de  
aanimal y sus constantes jadeos que se extinguían al momento de empezar a hacer la limpieza de  
aconducto de la muñeca donde depositaba su semen mientras lloraba frustrado por la flaquez  
;corporal de su amada.

<sup>l</sup> En el transcurso de las semanas siguientes contrató la asistencia de dos prostitutas para que  
<sup>a</sup> bajo su cama simularan los cánticos de su arte mientras él introducía su falo en la vagina artificial  
de la muñeca. Pero fue un intento del que pronto se cansó y tuvo, para conservar el secreto de su  
oinsatisfecho frenesí, que hacer degollar a los testigos de sus obscenidades para que nadie se  
satreveriera a poner en duda ante el mundo la autoridad que ostentaba.

En las galerías inferiores, y en las zonas próximas a la isla, los vasallos murmuraban acerca de  
el as posibles enfermedades o hechizos que debía padecer la persona a quien ellos se empeñaban  
en llamar la reina, y que consideraban tan real como sus propias existencias, porque él empezó  
arequerir los servicios de galenos y curanderos, de brujos y alquimistas, de sabios y nigromante  
y intentando todos los rituales que pudieran otorgarle la vida. Y a todos los implicados en esto  
ceremoniales tuvo que condenarlos a muerte para que no se atrevieran a propagar el rumor de la  
locura, pues ninguno de los ritos pudo borrar la naturaleza artificial del fanteche.

s Frustrado al comprobar el fracaso de su propósito, golpeó a la muñeca hasta deformarla  
sdejarla casi irreconocible. Clausuró el palacio con cerraduras enormes y se embarcó en un navío  
;Durante el lapso de un año atracó en infinidad de puertos con el único objetivo de visitar burdeles  
ny saciar al animal que lo consumía por dentro sin llenar el hueco en su alma que a cada hora se  
empeñaba en recordarle el rostro delicado de la amada mujer sin vida.

a Regresó a su tierra al iniciar un nuevo año, con su espíritu agobiado y suicida a cuestras  
sDespojó al palacio de las aldabas y volvió a visitar la habitación más alta. Encontró a la muñeca  
ecasi humana sentada en un diván con el rostro ya repuesto y con un semblante de tranquilidad  
nSiempre lo supo y nunca lo quiso ver: los párpados inanimados constituían el anuncio de un mal  
opresagio. Él, arrodillado frente al simulacro, al contemplar aquellas facciones tan agraciadas  
abrió la boca y elevó un rictus. Pero no, no fue una muestra de alegría por haberla encontrado  
completa. Fue una mueca acongojada que demarcó la tristura que destilaba su alma. No no  
<sup>e</sup> engañemos, nuestro personaje no estaba riendo, estaba llorando por ser el poseedor de tanta  
<sup>l</sup> riqueza, pues al fin comprendió que hubiese cambiado todo el oro del mundo por una sola palabra  
<sup>l</sup> de amor emitida de la boca artificial de su adorado fanteche. Durante los meses posteriores, luego  
<sup>a</sup> de varias agotadoras jornadas, subió todo su tesoro a la cúspide para arrojar la riqueza desde lo  
<sup>n</sup> más alto. La mujer continuaba con los ojos cerrados. Pasados los días, en una mañana de arduo  
<sup>s</sup> sol, contrito y desquiciado, empezó a sacudir por los hombros a su creación espetándole la  
<sup>s</sup> petición: Dime que me amas, dime que me amas, como un último recurso para salvarse de la  
muerte. Lloró durante algunos días más. En la última semana de aquel año aciago, mirando a  
eventanal más amplio, tomó la decisión de saltar al vacío. La caída fue larga, tan dilatada que hast

llegó a pensar que la fatalidad se empeñaba en prolongarle el sufrimiento, pero mientras se precipitaba hacia su fatal destino creyó percibir una silueta femenina asomada en la progresivamente alejada ventana, y junto al zumbido que recorría sus oídos al momento de adescenso, creyó escuchar una singular y aguda voz de mujer susurrando una frase de amor. En ese instante, el gesto de desconsuelo se transformó en una sonrisa.

l  
e  
l  
a

e  
l  
u  
e

e  
n  
a  
s  
s  
a

y  
l  
s  
e

l  
a  
l  
l  
l  
o  
o  
s  
a  
a  
o  
o  
o  
a  
a  
l  
a

llegó a pensar que la fatalidad se empeñaba en prolongarle el sufrimiento, pero mientras se precipitaba hacia su fatal destino creyó percibir una silueta femenina asomada en la progresivamente alejada ventana, y junto al zumbido que recorría sus oídos al momento del descenso, creyó escuchar una singular y aguda voz de mujer susurrando una frase de amor. En ese instante, el gesto de desconsuelo se transformó en una sonrisa.

## Hormigas

Había sido una jornada dura a través de la selva. M observaba atento el trabajo que realizaba X y lo reprendió con una mirada. Su amigo reparó que la amonestación no era el producto de celo infundados sino más bien de un cuidado paterno. La capacidad de la robusta fisonomía de X lo transformaba en la criatura apta para cualquier esfuerzo físico. M había vislumbrado que la carga de X era excesiva. Después de algunos minutos la fatiga dominó la espalda del fornido X y lo impulsó a pedir ayuda. Un joven de grandes ojos y de mirada profunda se ofreció como voluntario. Entre ambos lograron avanzar. Faltaba poco para alcanzar el destino.

Ha sido un día agotador, exclamó una voz extraña desde la parte posterior.

D, que así se llamaba el joven de los grandes ojos (¿qué otro nombre podría dársele a alguien tan curioso?), iba con la vista fija en el camino de herradura. Por ratos, su mente alcanzaba una iluminación inusual en alguien de su naturaleza. El sentido común lo despertaba en ensoñaciones casi reales. A veces padecía pesadillas lúcidas. Bajo sus pies se deslizaban millones de animalillos con un ritmo acompasado y con una persistencia de vida que raramente puede percatarse de cerca.

Pensar que yo podría ser un dios para ellos, se dijo de momento.

Alzó la vista y pudo divisar a la voluminosa comunidad que esperaba ansiosa la llegada de las provisiones.

X gritó a la multitud, luego de que todos bajaron la carga: El día de hoy ha sido un día productivo. Ninguna bestia ha atacado a nuestros compañeros. Hemos llegado los mismos que partimos. Lleven algunos suministros y ofrézcanlos a los animales de crianza.

Dispuesto a marcharse, un recuerdo lo obligó a voltear nuevamente hacia los vecinos.

Lo olvidaba, dijo X, tengo órdenes de informarles que la fiesta empezará cuando despunte la luna.

Declinaba el ocaso cuando D, después de su correspondiente aseo, ingresó a uno de los establos. Un anciano de apariencia desgastada pero que conservaba en su semblante un ademán de placidez, como si por algún extraño efecto narcótico estuviese dopado, invitó al joven a que probara del fluido que estaba ordeñando de un robusto animal.

¡Una delicia!, declamó D, luego de sorber el líquido.

Sí, es exquisito, lo secundó el viejo. Hace tiempo que nuestros animales no brindaban un producto tan bueno como el de ahora.



Un largo silencio irrumpió en su espacio. D se atrevió a hablar.

Maestro, he pensado mucho en sus enseñanzas sobre los dioses y le agradezco que hay compartido sus conocimientos con mi humildad. He venido a contarle que estoy desarrollando una idea propia y deseo que usted la juzgue.

El anciano lo miró con perplejidad pero también con satisfacción. Los ojos desorbitados del muchacho dejaban transparentar un conocimiento enigmático, y la creciente inquietud filosófica del maestro lo aventuró a la reacción.

Te escucho, hijo, palabreó con sosiego.

κ A veces no sé cómo explicarla, dijo D, pero intentaré expresarme, y espero poder exponerla de  
s manera clara.

a Hizo una larga pausa a la espera de que afluyeran a un llamado reflexivo todos los componentes racionales de la teoría aún no desnudada. El sabio lo esperaba con la atención consumida en el rostro introspectivo. El chico empezó a hablar con descuido.

Imagínese, maestro, si usted tomara en una de sus extremidades a alguno de los minúsculos animalitos que circundan por los alrededores. ¿No pensarán ellos que nosotros somos sus dioses? ¿Y acaso ¿no conjeturarán que tienen que adoramos y sobre todo temernos?

a El viejo, sorprendido por el novato pensamiento de su discípulo (no esperaba un razonamiento tan débil), acompañó su silencio con un rictus irónico. El muchacho tembló al recapacitar que su idea no lograba tomar importancia en la sabiduría atávica de su maestro.

e Lo sé, emprendió D una justificación desesperada, el pensamiento es bueno, solo me falta madurarlo más. Solo tengo que...

El maestro lo frenó con una mirada letal.

s El pensamiento no es bueno, por el contrario, es inconsistente, lo castigó.

a El anciano, con su hábito senil de mutismo, se vio en la obligación de permanecer callado durante un tiempo que él consideró prudencial, pero que para D se dilató en sufrimiento y vergüenza.

D no soportó más silencio.

a ¿Por qué, maestro?, le reprochó.

Te lo diré por nueva ocasión y espero que esta vez mis palabras sean más luminosas. La impronta es un bonito proceso para la supervivencia, pero en algunos casos resulta errada, a  
s alterar estados que podrían ser perfeccionados. Según los conocimientos aportados por alguno  
e análisis que la ciencia humana ha logrado llevar a cabo bajo estudios rigurosos, y que  
e afortunadamente han llegado hasta nuestra comunidad, se ha comprobado que los animales no  
nacemos con el completo discernimiento de las especies que son beneficiosas y de las que no. Puedo suponer que alguna vez has elevado tu mirada hacia el cielo y te habrás percatado de la  
n presencia de las aves o las habrás visto caminando sobre la tierra, posadas en los árboles o en diferentes lugares. Estos animales llegan a distinguir el peligro al observar la amenaza, al captar las llamadas que perciben. Este proceso de impronta automatiza a las aves y las lleva a tal punto

que puede atemorizarse a un pájaro enjaulado con solo mostrarle un libro, al mismo tiempo que se reproduce artificialmente un sonido que haya asociado con el peligro y que se transmitirá, como a presencia de riesgo, de generación en generación.

D escuchaba petrificado.

l El viejo, con expresión lumínica, a excepción de su tonta egolatría, miraba al muchacho con ansias de prolongar su explicación. Continuó.

Este proceso se repite en muchos mamíferos, los cuales transmiten conocimientos que incumben a sus sociedades, como poder informar sobre los alimentos y peligros. Esta programación se presenta con mayor profundidad en la sociedad humana que a través de un elaborado producto intelectual denominado cultura, realiza la propagación de conocimientos heredados desde generaciones antiquísimas. He ahí el llamado origen de los dioses. Estos insignificantes animalillos (se apoderó de un minúsculo insecto que caminaba por la superficie antihigiénica de la pisa), nunca nos han temido, porque nunca existió algún miembro de su comunidad que les dijera que nos veneren. Nunca han edificado santuarios ni han peregrinado a no ser por alimentos y no tendrán, aparte de esto, ningún motivo por el cual hacerlo. En los animales, a excepción del ser humano, no existe actitud alguna que puede considerarse como alabanza hacia dioses.

Durante la furibunda noche bebieron y comieron hasta saciarse, aunque estaban conscientes de que el siguiente día sería de trabajo arduo.

u La comunidad se levantó perezosa pero pasada una hora todos laboraban con su característica placidez.

a La carga que portaba D era liviana.

A lo lejos, entre las inmensas hojas de las plantas selváticas, el joven avizoró la presencia imponente de un ser humano que hizo remecer la tierra.

Él no puede ser un dios para mí, dijo en un susurro, antes del mirar al suelo, del mismo modo que yo no puedo ser un dios para aquellos animalillos.

y X, la hormiga más fuerte, llevaba la carga pesada.

a  
l  
s  
e  
o  
.  
a  
n  
r  
o

que puede atemorizarse a un pájaro enjaulado con solo mostrarle un libro, al mismo tiempo que se reproduce artificialmente un sonido que haya asociado con el peligro y que se transmitirá, como presencia de riesgo, de generación en generación.

D escuchaba petrificado.

El viejo, con expresión lumínica, a excepción de su tonta egolatría, miraba al muchacho con ansias de prolongar su explicación. Continuó.

Este proceso se repite en muchos mamíferos, los cuales transmiten conocimientos que incumben a sus sociedades, como poder informar sobre los alimentos y peligros. Esta programación se presenta con mayor profundidad en la sociedad humana que a través de un elaborado producto intelectual denominado cultura, realiza la propagación de conocimientos heredados desde generaciones antiquísimas. He ahí el llamado origen de los dioses. Estos insignificantes animalillos (se apoderó de un minúsculo insecto que caminaba por la superficie antihigiénica del piso), nunca nos han temido, porque nunca existió algún miembro de su comunidad que les dijera que nos veneren. Nunca han edificado santuarios ni han peregrinado a no ser por alimentos y no tendrán, aparte de esto, ningún motivo por el cual hacerlo. En los animales, a excepción del ser humano, no existe actitud alguna que puede considerarse como alabanza hacia dioses.

Durante la furibunda noche bebieron y comieron hasta saciarse, aunque estaban conscientes de que el siguiente día sería de trabajo arduo.

La comunidad se levantó perezosa pero pasada una hora todos laboraban con su característica placidez.

La carga que portaba D era liviana.

A lo lejos, entre las inmensas hojas de las plantas selváticas, el joven avizó la presencia imponente de un ser humano que hizo remecer la tierra.

Él no puede ser un dios para mí, dijo en un susurro, antes del mirar al suelo, del mismo modo que yo no puedo ser un dios para aquellos animalillos.

X, la hormiga más fuerte, llevaba la carga pesada.

## **Página en blanco**

Con la mirada fija en la hoja de papel no podía mantener dentro de mí ese impulso primitivo a que muchos le asignan el nombre de rabia. Habían transcurrido tres meses intentando redactar algo, pero un capricho de la vida me lo impedía. No era algo normal, pues estaba acostumbrado a que las ideas flotasen por sí solas y transcribirlas era el único trabajo que debía realizar. Por las madrugadas, al levantarme, el primer acto que realizaba era tomar el esferográfico y sentarme ante el cuadernillo tratando de rescatar cualquier idea posible, y por más que transcurrían horas en aquella posición mecánica y perturbadora no podía conseguir nada y las hojas siempre permanecían limpias. No entendía lo que me ocurría y por momentos llegaba a dilucidar que había escrito tanto durante toda mi vida que las ideas se habían agotado a tal punto que no me quedaba nada para escribir.

Mi nombre fue Diego Maenza y alguna vez fui escritor. Encerrado en estas paredes trataré de volverme valiente y me tomaré el atrevimiento de contar mi historia.

Lo que he narrado vendría a ser una síntesis de este bodrio que ha sido mi vida, y por consecuencia el inicio de la terrible muerte de una mujer. Si utilizáramos términos literarios se podría señalar que es el prólogo de la obra maldita en la que se transformó mi existencia desde aquel lejano día. Sin embargo, muy poco de esto tiene que ver con la literatura, me atrevería a decir que nada. Puede que para el oyente perspicaz le resulte muy influyente la retórica con la que me expreso y la sienta inmersa en esta historia por el hecho de que fui escritor y fue precisamente una crisis la que acarreó devastadoras consecuencias. No obstante, me arriesgo a aventurar un consejo al decirles que no delimiten su razonamiento con conjeturas que muy poco tienen que ver con los acontecimientos que aquí se cuentan, y es más, los exhorto a que no permitan que los persuadan los aparentes hechos. Quedan advertidos.

Por lo demás, y para el observador desprevenido, quisiera esclarecer y más que todo justificar mi presunto egocentrismo e incluso mi aparente estado de megalomanía. Llegará el momento en el cual me califique de ciertas formas que superficialmente podrían ser tomadas como un acceso de narcisismo, y que el oyente me tilde como tal. Los conmino a que no permitan que por inercia se dejen conducir por el camino de la imposición de prejuicios. Ya dispondrán de tiempo para juzgarme como les apetezca, pero únicamente cuando termine mi historia. Si en alguna ocasión sospechan que redundo al presumir de ciertas virtudes que poseí, aclaro desde este momento inicial que solo trato de ser lo más imparcial posible. ¡Ay! Si hubiese existido una persona atenta que hubiese presenciado mis días tal como los viví, entonces le dejaría a su boca el testimonio. Por desgracia, no existe tal ser, y me veo en la penosa necesidad de contar esta historia tal como dicha persona lo haría. Quedan justificadas las menciones a mis atributos que referiré en lo posterior, y que quede consignado también que no reconoceré de forma exclusiva mis virtudes.

sino también mis defectos, cosa difícil pero probable.

Aquella mañana había cumplido con rigurosidad mi rutina. La calurosa tarde del verano que nacía me tomó por sorpresa y mi cuerpo y alma necesitaban la presencia cercana de mi amada. La invoqué con apremio y escuché mi irritada voz que gritaba el nombre de Karla y producía un eco profundo en el caserón.

A Karla la había conocido hace exactamente tres meses con respecto a aquel día. Fue una mañana un tanto lluviosa. El agua caía del cielo con un toque de suspensión y tomaba un aspecto de neblina. Era la primera vez que salía de mi residencia después de haber pasado un año entero redactando el que sería mi último trabajo, un conjunto de relatos de corte fantástico que bauticé con un nombre que poca importancia tendría referirlo en esta historia pero que consignaré más adelante, y no por el hecho de que hubiera aludido mi obra y que por manía de escritor me siento en la obligación de mencionarlo (ya dejé claro que el hecho de que fui escritor tiene poco que ver), sino más bien porque fue ese escrito el que propulsó la que sería mi desgracia. A veces me consterna la pregunta que en varias ocasiones me ha dejado sin argumentos: *¿Qué habría sido de mi vida si aquella mañana mi don de escritor me hubiese susurrado que mi obra aún no estaba concluida?* Como tantas cosas en la vida es algo que nunca llegaré a saber.

Dos noches atrás había culminado la exhaustiva labor de la última revisión de mi manuscrito; en la mañana del martes (¡oh, fatídico día!) me encaminé con entusiasmo a la oficina de mi gran amigo y mecenas Alberto Lombardo, un exitoso editor de larga reputación quien había aprovechado sin ningún interés, aparte de su profesionalismo, mi aparente talento.

Aquella mañana las calles prestaban un ambiente de tranquilidad y por instantes me sentía como en casa. Todo pudo haberse desarrollado de forma natural de no haber sido por el problema que despertó una añoranza de juventud que hace muchos años me había empeñado en desechar. Puedo considerar que en aquellos tiempos juveniles y de rebeldía actuaba como una persona fuera de lo normal. Había crecido rodeado de todas las comodidades cotidianas de las que puede gozar un joven cuyos padres tienen el suficiente dinero para socavar con abundancia las necesidades indispensables de la vida y con la suficiencia económica para complacer los caprichos de la juventud, y no obstante, jamás permití que me influenciaran ideas que no considerara conveniente para mi salud espiritual y créanlo o no el exceso de dinero lo tomaba desapercibido. Recuerdo una tarde, sin lugar a dudas decisiva, cuando mi padre, con el entusiasmo elevándose por lo más alto de su ser, me comunicó que había resuelto enviarme a una de las más prestigiosas universidades en el extranjero. Recuerdo también que rechacé la propuesta con perspicacia alegando idealistamente que para ser alguien en la vida no es necesario estudiar en los colegios más renombrados. Aquí tengo lo indispensable, dije con voz tranquila y pausada. No me hace falta nada. Tengo comida, mis libros y lo más fundamental y relevante: mi cerebro. No necesito de profesores. La mayoría de ellos no hacen más que arrebatar las energías creadoras enfrascándose en doctrinas que no conducen a ningún lado. Resultan muy útiles para estos menesteres. Mi argumento no fue considerado de peso para la autoridad de mi padre, pero en cambio se transformó en un contraataque tan reiterativo que optó por renunciar a su propósito. Ingresé a estudiar filosofía y letras en la universidad más cercana, lugar desvencijado y poco concurrido, pero ese era mi talante, entusiasta y soñador. Seré el más grande escritor de todos los tiempos, me repetía en silencio cada vez que mi padre me reprochaba el haber dejado escapar lo que a su consideración eran mejores oportunidades. Pero lo bueno de todo es que siempre

conservé aquella redundancia de bondad y esa predisposición de ayuda ante cualquier persona que la necesitara. Por esto, aquel martes al pasar cerca de una callejuela infestada de basura y olvido, y al observar a una mujer que con su empañado rostro reflejaba la carencia de afecto y las imperiosas necesidades que la consumían, algo en mi interior me incitó a volver a la realidad de la cual pretendía escapar encerrado en los adobes de mi refugio y entre mis estantes copados de libros. Desde corta edad me habría propuesto cambiar el mundo. Era un objetivo que me planteaba cada vez que cuestionaba mi comodidad y me dislocaba la idea de que yo pude haber sido tan desdichado como muchos pobres lo eran. Fue una de las razones que obligó a que me quedara en mi pequeña ciudad. En esos días ni siquiera sospechaba, inútil soñador, que el tiempo se encargaría de mostrarme todo lo contrario, que el mundo no se puede cambiar y que la miseria siempre existirá, independientemente de los esforzados discursos fabricados por sofistas y ademagogos que lo único que hacen es retroalimentar aquellas condiciones de opulencia y pobreza. Y que aunque lo intentara muchas veces, lo único que lograría sería paliar por instantes la desventura de alguien. Por esto me alejé de las personas.

7 Pero al ver a aquella jovencita tirada, desamparada y con la mirada cabizbaja, se apoderó de mí el deseo incontenible de permitir que quede a flote el depósito de lágrimas que llevaba dentro, mas lo único que hice fue voltear la cara con disimulada indiferencia y continuar rumbo a mi destino. Después de todo era aquello lo que me había llevado poco a poco de forma casi imperceptible a enclaustrarme en el quimérico mundo que era mi hogar.

a En la oficina de Alberto Lombardo la charla fue corta. Conocedor de mis defectos y manías, de mi timidez a ultranza, ni siquiera pretendió profundizar en cuestiones personales. Le entregué el manuscrito y le hablé de *Identidades*, brindándole una sinopsis y reduciendo a una epifonema el contenido de mi obra: *Todos podríamos entender lo que realmente somos si nos tomáramos el tiempo necesario para reflexionar en la inconsistencia de lo que creemos ser*. Luego de esto realizamos el proceso legal correspondiente a cada contrato y me despedí.

n Culminada la entrevista con Alberto retomé el camino a casa. Pasados varios minutos de distracción, cayó sobre mí, con el peso de un yunque, la imagen de la muchacha solitaria que había observado. La remembranza me empezó a atormentar como un cargo de conciencia, y en un parpadeo me llegó la conjetura de que en cierto modo yo era responsable de su desdicha, aunque no entendiera por qué. El capricho de ayudarla se convirtió en una necesidad. Volví sobre mis pasos, atravesé la laberíntica ruta de calles y la divisé al estar a una cuadra antes del mencionado callejón, envuelta en una ráfaga de basura serpenteante. Pretendía incorporarse y continuaba con la cabeza agachada.

a Esa misma noche Karla se encontró en mi casa con el estómago saciado, limpia de impurezas físicas y cubierta por un resplandeciente vestido magenta que le compré en el camino de regreso. Era bellísima. La observé de manera contemplativa durante largos minutos y deduje que aquella hermosura había sido marcada por la mancha de la miseria. ¡Oh, cómo odiaba la miseria! Desde aquel día se incrustó algo de ella en alguna parte de mi cerebro porque no podía dejarla de pensar en un solo instante. Tuvo que pasar una semana para que reconociera que aquella jovencita que había llevado a casa con el pretexto de proporcionarle cobijo y un trabajo honrado había sido metamorfoseado de manera lenta de una obra de caridad a una manifestación de amor. En realidad solo supe desde el primer momento, aunque no lo hubiera percibido por completo, algo que a la distancia considero notorio en alguien con ese particular hermetismo frente a la vida como el que

aguardaba. Horas después de conjeturar aquello le manifesté de la forma más caballerosa y decidida la propuesta de que fuera mi mujer. Mi rígida idiosincrasia no me permitía llevar a efecto complicados rituales de apareamiento, así que fui directo pues era la única forma en que podía hacerlo. Ella aceptó después de varios minutos de meditación. Y estoy seguro de que lo hizo porque se sintiera obligada a corresponder, lo hizo, me atrevo a afirmarlo, porque de forma progresiva e impalpable también había crecido dentro de ella la necesidad de quererme. Desde aquella noche fuimos amantes.

Para serles sincero, jamás conocí la causa por la cual Karla se encontró desprovista de protección pues nunca me interesé por saberlo. Mi voluntad de ayuda y mi bondad abierta a todo tipo de circunstancias me impedían elaborar cuestionamientos que a mi parecer eran innecesarios. Y nótese que no se trataba de una actitud de indiferencia ante la vida, sino de un interés sin tendencia a la vanagloria. No me importaba el pasado, sino el futuro. Era el credo que profesaba y que ahora lo considero una reflexión equívoca, pues a día de hoy estimo que lo más determinante para una persona son los tiempos pretéritos y no cualquier dudoso futuro.

Nuestro amor se manifestó en plenitud, en el esplendor de las flores que empezaron a brotar y que emanaban un olor ligeramente comparable al de su sexo. Nuestro cariño creció entre conversaciones vastas, paseos por el jardín y cenas reconfortantes, todo ante la presencia silenciosa de José, mi ujier, que por instantes de morbo nos contemplaba no sin cierta malicia.

Así, entre todos esos hermosos momentos habían transcurrido tres meses. Ya para ese entonces le había procurado un trabajo como secretaria en la oficina de Alberto Lombardo y ella había aprendido lo necesario en poco tiempo. Me encontraba profundamente enamorado de ella y todo apuntaba a que mi amor era correspondido; a pesar de esto, no dejaba pasar desapercibido un pequeño detalle: la presencia de Karla en casa coincidía con mi impotencia de escritor y con una serie de pesadillas que me atormentaban por las noches. Aunque nunca fui supersticioso debo reconocer que llegó a pasar por mi mente la idea de que mi novia había lanzado sobre mi humanidad alguna especie de conjuro diferente al del amor.

Nunca me dejé dominar por la gloria y el fracaso simplemente no lo conocía. Quizá por esto mi crisis me tomó con tanta sorpresa que me llevó a cometer la barbarie más espeluznante que mente alguna pueda concebir.

La misma tarde que cumplimos tres meses de vivir juntos y en la cual había reclamado la presencia de Karla con un grito dividido entre la súplica y el mandato, los pensamientos se desviaron a mi impotencia. Estudié la límpida hoja con timidez y recibí el presentimiento sobrecogedor que señalaba la molestia del objeto conmigo y con mi incapacidad para utilizarla. En ese instante mis cavilaciones fueron interrumpidas por la silueta de Karla quien era la portadora de una bandeja de frutas que compartimos entre sonrisas cómplices y besos.

Se nos consumían los días con una rutina que algunos oyentes podrían tomar como monótona pero que para nosotros constituía el juego más elegante y divertido que hubiese podido existir. En las tardes, como era lo habitual, salíamos a nuestro extenso jardín y manteníamos las más variadas conversaciones sobre la inutilidad de ciertos libros o la variedad de las magnolias, hasta que no aplastaba el ocaso o hasta que nuestros cuerpos gritaban de hambre o de deseo. Entonces nos encerrábamos en nuestra alcoba y hacíamos el amor a fuerza de pasión, lujuria y cariño, hasta que nuestros cuerpos extasiados y agotados dormían uno junto al otro. Todo podrá sonar a felicidad

pero no se engañen. El arsenal de pesadillas emergía desde lo más profundo de mi mente y me atacaba por las madrugadas, y hacía que me despertara lívido y sudoroso en un mar de desesperación e impotencia. Mi único refugio era mi instrumento de escritura, un viejo desferográfico recargable que había sido mi sabio acompañante en la larga travesía de mis obras. Y desde luego el papel. La página en blanco, cómplice de antaño ahora convertida en enemiga. Cada mañana, pasados mis terrores nocturnos, comparecía ante el escritorio torturándome frente a recuerdo de todas las obras que redacté y con el pensamiento puesto en mi crisis. Se había convertido en una ceremonia a la cual había empezado a habituarme y de la cual sabía que tarde o temprano, de una forma u otra, tendría que desvincularme. Pero nunca me imaginé que las circunstancias me llevarían a hacerlo de aquella forma terrible.

Evoca hacia mí una situación acontecida semanas antes del fatal suceso. Fue una mañana de junio. Mientras divagaba en vanos recuerdos irrumpió en mis tímpanos el resonante sonido de un timbaleo que chocaba insistentemente contra mi puerta. Sin levantarme del asiento observé hacia la ventana que daba al jardín y a través de los vidrios empañados de los ventanales noté la presencia de la lluvia. Al parecer el invierno extendería su duración y con mi mente esquiva y soñador empecé a imaginar la bandada de gansos emigrando hacia norte y los huevos de los grillos eclosionando así como el canto de los mismos al chocar sus élitros, pero sería una impresión equivocada puesto que tres semanas después el sol veranero golpearía mi cara con tal intensidad que me obligaría a arrojar el ensangrentado objeto. Pero les hablaba de aquella mañana, cuando una renovada onda sonora nacida de aquel tamborileo me hizo voltear la mirada hacia el dintel ojival de la puerta, y advertí que la intranquilidad había penetrado en mi casa. El pánico se hizo presente sin aviso alguno. Con la mano izquierda aparté un par de hojas que se encontraban junto a la escribanía para luego impulsarme con la derecha e incorporarme de la silla color caoba haciendo que rechinaran sus patas. No había recibido visitas en más de un año, o al menos era lo que recordaba. La pequeña fortuna que me había procurado con la publicación de mis libros me había brindado la oportunidad para apartarme de aquella sociedad que tiempos atrás rechacé que ahora, por fin, podía evitar. Delimité dicho contacto con la vida social al adquirir un terreno en la ubicación más apartada de la ciudad y edificar, como siempre lo había soñado, una vivienda amplia de aspecto gótico. Pero aquel día el martilleo efectuado entre músculo, hueso y madera continuó con su perturbador sonido, trayendo a mi casa la presencia del mundo. Se me hacía inconcebible la idea de que pudiera ser algún vecino, pues como ya lo indiqué, mi residencia se localizaba alejada de las demás viviendas. Además, no entendía por qué José había permitido que alguien hubiese llegado y no me lo hubiera puesto en conocimiento. La única esperanza que guardaba era que el perfil del ujier se empezara a dibujar por la puerta trasera. Pero nunca apareció. Y fue el instante en el cual estuve a punto de invocar el nombre de mi doncella deliberando que había olvidado algún objeto de su necesidad. Me dirigí hacia el portón de roble que lo abrí sin pensarlo. Para mi sorpresa no sería la figura de Karla la que se delinearía frente a mi portal, sino la del tipo alto, de sonrisa segura y de talante lleno de garbo. No lo reconocí. Él se abalanzó hacia mí con la intención de brindarme un abrazo que no correspondí. Me escabullí con cara de extrañeza y con un paso hacia atrás. Me invadió un recuerdo ajeno, un presque vu, diría. No podía tener presente con exactitud a aquel hombre que posaba frente a mí, pero intuí que era alguien importante en mi vida. Me encontraba desconcertado y él, esbozando una sonrisa un tanto perversa, pronunció lo que acabaría con todas mis dudas. Me llamó por mi segundo nombre. Me preguntó si acaso me había olvidado de él. Al reconocerlo, le contesté que no. Lo invité a pasar :



mientras servía los tragos de rigor, rememoré con nostalgia los momentos de mi juventud. La persona con quien crecí, Carlos Riofrío, muchacho entusiasta, con metas bien definidas y con una capacidad comunicativa muy diferente a la mía, el adolescente de jeans y camisas holgadas, de grandes ojos marrones, cabello castaño y saltón y facciones redondeadas distaba mucho de asemejarse al espécimen con el cual me encontraba conversando. Su cabello se encontraba teñido con un negro cuervo atizado por la raya en su parietal derecho y su traje de casimir le brindaba un aspecto de ejecutivo. Y de cierto modo lo era. Después de haber trabajado durante algunos años en un prestigioso banco, me contó, tuvo la oportunidad, gracias a la referencia de uno de sus amigos, de ingresar a un grupo corporativo de alto renombre, aunque a decir verdad, no se le podría considerar alguien importante. Un pez chico en pecera grande. En realidad se podría decir que desempeñaba un cargo de asistente personal del vicepresidente de la compañía, no obstante su trabajo era muy bien remunerado y no me extrañaba que estuviese infiltrado en asuntos turbios. Nos dejamos de frecuentar y la amistad se transformó en apatía, aunque nunca nos convertimos en enemigos. Carlos Riofrío se transformó en un hombre de exquisiteces extravagantes, a tal extremo que el mundo le importaba un bledo. *El dinero siempre termina volviendo loca a la gente* afirmaba para mí cada vez que observaba a este tipo de personas.

Sin embargo, aquel loco se encontraba en mi sala desbordado de aparente cordura.

No soporto verte así, tronó la voz del visitante con aire de tristeza. Hizo una pausa y su cara reflejó un gesto de repulsión como anticipándose a vaticinar algún tipo de conjuro. Prosiguió con el mismo acento cabizbajo. ¿Te das cuenta de la vida que llevas? Soy feliz con esta vida respondí, no puedo pedir más. Tengo casa, autos, novia, tengo todo. Él, poniéndose de pie y con cara de desesperado exclamó: ¡Recapacita! ¡No puedes ser feliz así! ¡No puedes! Sin inmutar mi carácter frugal le hablé tranquilamente. Claro que puedo y lo soy. Soy muy feliz con mi vida y no puedo permitir que un desconocido intente componer una vida que no necesita arreglo.

Me examinó con cara de extrañeza y sin prorrumpir vocablo alguno. Yo proseguí con el mismo aire de artificiosa paz con la que lo enfrenté anteriormente. Pues sí, eso eres para mí: un desconocido. ¿Qué no soy feliz porque no vivo para las tertulias? ¿Qué no soy feliz porque no tengo amigos? ¡Basura los amigos! Y ahora te agradecería que dejes de hablar de mi vida como si fuese una porquería o que te retires de una vez.

Fui tajante. Carlos se incorporó del asiento sin denuedo y se dirigió hacia la puerta. Se marchó sin pronunciar palabra y con una evidente lágrima manchando su mejilla. Después de su salida mi cerebro volvió a la tranquilidad.

Por un minuto mis ojos se perdieron en aquella sala de ensueño y extravié la mirada por los cuadros que ostentaban las paredes, copias de desnudos en pinturas de todas las épocas y todas las tradiciones artísticas, tantas bellezas plasmadas en lienzos que algún día fueron únicamente trapos, tanto derroche de beldad en mujeres inverosímiles, bellezas de incansable descripción; ninguna lo suficientemente comparable a la exquisitez de mi consorte. Sé que resulta común en el amante exaltar e idealizar las cualidades de su amada, y pese a estar advertido sobre este hecho me atrevo a afirmarlo con vehemencia, Karla era la perfección de mujer que jamás pudo haber existido en lugar y época alguna.

La tarde dominical que admiré por vez última la utópica naturaleza corporal de Karla mi cabeza se encontraba bombardeada por la penetrante intención de escribir. No me importaba qué, solo

anecesitaba bosquejar alguna idea. Aquel día, ahora me percaté de aquello, rompí mi automatismo de platicar en el jardín. Me dirigí al escritorio con la intención de plasmar por lo menos una frase que escapara del anquilosamiento que había plagado mis pensamientos por ya tres meses. Me senté frente al escritorio con parsimonia, como si hubiese sido un flemático presumiendo de su lentitud, o como un perezoso con flojera de su propia desgana. Abrí el primer cajón del buró y saqué a relucir el brillante estilográfico plateado con el cual intentaba escribir, levanté el escuaderno, y debajo del mismo encontré el pequeño cubo algodonoso de tal tamaño que pude asirlo en la palma de mi mano. Era un presente para Karla que había encargado a José días atrás. Era un fulgurante aro de oro blanco, fundido esporádicamente con pequeños diamantes, y que al colocarlo contra la potencia radiante del abrazador sol de julio que se colaba por alguna claraboya tomó el aspecto de un prisma incandescente que encandelilló mis vistas con su resplandor.

<sup>n</sup> Volví a guardar la joya en su pequeño cofre aterciopelado y entonces, inadvertidamente, cayó aquella ensordecedora idea que me desconectaría del mundo de forma absoluta:

Karla es la culpable

<sup>a</sup> Karla es la culpable

<sup>n</sup> Karla es la culpable

<sup>n</sup> Karla es la culpable

<sup>ii</sup> Karla es la culpable

<sup>o</sup> Karla es la culpable

<sup>o</sup>

<sup>n</sup> Aquel pensamiento deambuló por mi mente durante varios minutos sin haberme percatado de la mirada de embelesamiento que esparcía sobre mi humanidad la dama que se encontraba a mis espaldas; y cuando al fin volteé mi cabeza, sin levantarme del asiento, me percaté de la fijación abstracta de aquella mirada inexplicable y la desquiciante maniobra de sus labios al elevar una sonrisa furtiva de sí misma.

<sup>ii</sup> Reflexioné sin espacios para el miedo que ella era la culpable de mi esterilidad de ideas. *Es la mujer más hermosa. Es celestial y demoniaca. Es juiciosa y al mismo tiempo desafortunada. Es desorden y armonía. Es compañía y soledad. Es quien ha traído suerte. Es quien se ha llevado la fortuna. Es lo mejor que ha llegado a mi vida. Es lo peor que ha llegado a mi vida.* Y con estas razones me incorporé del asiento mientras paralelamente mi cuerpo fluía en media vuelta en forma de espiral para posarme delante de Karla. Todo aconteció en infinitesimales fracciones de tiempo, con la celeridad del fulgor momentáneo de un relámpago. Un acto indivisible, la vi reaccionar y la afelpada arquilla, con el peso de la gravedad, se estrelló contra el piso y eyectó por su suerte la lujosa argolla que se deslizó tambaleante pero sin intención de presenciar lo que ocurrió; rodó y rodó, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y siguió rodando hasta salir por la puerta perdiendo su rastro tras las paredes.

<sup>a</sup> Incorporé la mirada dominado por algún vaticinio ajeno a mi naturaleza racional y entonces la

<sup>o</sup>

ofunesta imagen de terror jamás escapará de mí. Sus gestos de una angustia callada no había revelado sonoramente ningún tipo de dolor. Observé sin prisa su pecho y mi mano cerca, muy cerca, con una pluma de metal empuñada y las tres cuartas partes de esta incrustadas en su cuerpo. Volví a levantar la mirada. Sus ojos vidriosos estaban atentos a los míos. El sufrimiento reprimido explotó y colmó la habitación con un sonido gutural, cargado más de algún intento expresivo de amor que de inquieta consternación o más de desesperación por declarar algún secreto necesario que de agonía resignada. Comprendí que estaba sufriendo. *Karla es la culpable*. Me lo recordé con intención de no sentirme tan perverso. En realidad aquel perturbador enunciado que se repetía sin descanso no era otra cosa que un camuflaje para ocultar de manera menos trágica el verdadero razonamiento que se manifestó al momento de abrir el joyero: *Tengo que matarla*.

<sup>u</sup> El peor momento de cólera antes de realizar el fatal incidente y que han preservado mi neuronas fue el acaecido con Carlos hace tres semanas en referencia a aquel día. Lo relaté porque era menester dar a conocer, a quien se encuentra atento a mi narración, la extrema pasibilidad que envolvía mi existencia. No era un ser violento. Siempre fui una persona de aparente figura tan pacífica que para muchos redundaba en la semejanza de la estupidez. Sin embargo, no me consideraba ni lo uno ni lo otro.

Exhumo un recuerdo con intenciones de ejemplarizar cómo me consideraba, con independencia de los estereotipos antes mencionados. Cierta vez un individuo de contextura mental arrogante intentó persuadirme con argumentos vacíos para llegar al extremo de lo absurdo: a los golpes ¿Tienes miedo?, me provocó aquel hombre de barbas. Lo más práctico que se me ocurrió fue prorrumpir una frase que hoy, si estuviera en libertad, la enmarcaría en un cuadro de marfil. Con expresión sobria y mirándolo directamente a los ojos lancé la sentencia: Cuando quieras hablar utiliza tu cerebro y no tu bilis. Como era de esperarse me asestó un golpe en la cara que me descalabró las ideas y me chispeó al sucio pavimento. Me incorporé con similar postura: desafiante, pero en esta ocasión sosteniéndome la mandíbula con mi mano derecha y con similar expresión la manifesté: Tu golpe no me ha dolido, de igual modo que no pudo haberte dolido lo que te dije. En honor a la verdad, no solo me dolió, sino que el palpitar continuó durante toda la tormentosa semana que tardó en bajar la hinchazón. Pero me llevé la satisfacción momentánea de sentirme superior a alguien, quizá porque nunca lo había sentido antes o porque sería la única vez en mi vida que experimentaría esa impresión.

Lo que deseo que entienda mi oyente, que seguramente se encontrará cansado de retoricismos a parecer fundados en un estado de frustración, es que mi apetito de serenidad me llevaba a un estado de imperturbable indiferencia. Nunca busqué el daño para nadie, ni siquiera para quien solo mereciese. Alguien dijo que se lastima más fácilmente a un ser amado que a alguien que se odia. Podrían argumentar que fue exactamente lo que sucedió en mi caso con Karla. Ante esto debo aclarar que si hubiese considerado culpable a mi ujier de seguro lo hubiese asesinado a él. En ese instante de desconcierto y a la vez clarividencia habría matado a quien fuese. El amor que sentí por Karla estaba totalmente ajeno a lo que surgió.

<sup>a</sup> Con fuerza y sin prisa saqué el estilógrafo bañado en sangre. Ella continuaba ahí, parada e inmóvil, tal quieta como un mástil y tan frágil como una copa de cristal. Cerró los ojos con expresión robótica. Yo la miré sin inmutarme y una chispa de malicia invadió mi rostro. Si empezó a desplomar paulatinamente, aún con las vistas cegadas por sus párpados y apoyando la manos de forma sutil sobre el piso embaldosado. Contemplando su cuerpo abatido en el suelo y si

tronco erguido débilmente con los brazos extendidos hacia la parte posterior pude, de manera fugaz, premeditar su muerte: la acribillaría con la pluma. Lo hice. Aseté sobre ella más de una docena de puñaladas con el filtro metálico. Sentado al lado del cadáver en que ahora se había convertido mi amada, una náusea incontenible me sorprendió desde lo más profundo de mis jugos gástricos acompañada de un mareo que me obligó a fluctuar por los alrededores de la habitación. Tropecé con el escritorio y fui a parar cerca de la ventana. Me sostuve con las manos sobre las pérsianas que al tenue contacto se desplegaron dejando penetrar en mis ojos la intensidad del sol que me golpeó con tanta fuerza que me dejó aún más aturdido en una suerte de ceguera momentánea. Retrocedí un par de pasos. Mi mano derecha se abrió y escuché el fino sonido que emitió la pluma al contactar con el piso. Me defendí de la claridad con las manos puestas frente a mi cara a modo de cruz y mi mente se apagó: me desmayé.

Al salir del estado de inconciencia pude percibir el opaco rostro de una mujer. Mi vista se fue diluyendo de forma lenta hasta descubrir que aquel rostro le pertenecía a Karla. Me levanté con el cuerpo cansado, la cabeza palpitando y el estómago ardido en un estado ligeramente semejante a la resaca. La vi. Sus facciones aún reflejaban la vivacidad que propagaba solo con observarla al paso y por un momento dudé que estuviera muerta. Pero la pluma me aseguró lo contrario. Pensé en voz alta, hablando para mí: *Tengo que enterrarla, pero ¿dónde?* Por más que divagué hasta por el último rincón de mi lucidez no se me ocurrió nada. Y fue el momento en que me invadió la inspiración: *Debo escribir esta historia*. Me agaché, tomé el bolígrafo del piso y, sin limpiarle la sangre, empecé a escribir.

No podría aseverar con precisión cuánto tiempo estuve desmayado y cuánto escribiendo. Recuerdo que la madrugada estaba muy entrada cuando me atacó el deseo de ingerir un bocado de lo que fuera. Me levanté y tropecé con su pierna. *Tengo que enterrarla*, me volví a comprometer. En ese instante otro rayo de sombría clarividencia me penetró. Tenía el final perfecto para mi historia: culminaría en asesinato y la parte primordial sería la forma de desaparecer el cadáver. Pero antes de escribir el segmento culminante debía poner en práctica mi idea. Poseía los materiales necesarios para finiquitar la posibilidad de que alguien sospechara del asesinato.

Me dirigí a la parte posterior de la casa e ingresé a la bodega. Saqué tres galones de ácido fluorhídrico y los llevé al cuarto de baño. Tomé entre mis brazos el cuerpo y lo trasladé hasta la bañera. Contemplé su cara, e insisto, era como si estuviera viva, aunque mi poca razón me dijo lo contrario. Me acerqué a ella y, en lo que puede sonar como un oscuro acto de necrofilia, le besé. De una bodega posterior extraje el tanque que requería para mi despropósito.

Al alba, culminé el lóbrego proceso de disolver con el ácido las carnes de su cuerpo. Vomité un par de veces, pero no me detuve en mi cometido.

Pasado esto, experimentado esto, me encontraba preparado para terminar de redactar mi historia. No recordaba lo que había escrito pero tenía presente que únicamente me faltaba la parte del asesinato. Estaba convencido que aquel relato breve me haría más famoso de lo que pudo haberme hecho cualquiera de mis otros libros. Llegué a la estancia de escritura, me senté frente a un escritorio y lo que vi me llenó de la rabia más incontenible que pudo haber abordado mi ser en cualquier estado de mi vida. Le di vueltas a las hojas y mientras más páginas pasaba mayor era la cólera que me dominaba. Toda mi historia estaba rayada, garabateada, tachada. No lo podía creer. Habían borrado toda huella de mi escrito con trazos al azar como salidos de la mano de un infante

aY en ese instante, justo en ese instante, emergió por el umbral de mi puerta la humanidad de Carlo aRiofrío. No me embargaron dudas: él había arruinado mi historia. Lo insulté con la novat aintención de asestar por primera vez un golpe en la cara de alguien, y entonces dijo que lo sentía ssusurrándolo con un gemido lloroso y expresión de angustia mientras aparecían los dos hombre i.detrás de él. Uno era delgado y mestizo, el otro un tanto obeso y moreno, ambos vestidos d suniformes policiales.

l Si creen que todo lo que han escuchado ha sido lo más enfermizo de mi vida y que no exist a algo más estremecedor pues modifiquen sus expectativas porque aún hay más para contar.

a Me encontraba dando mi declaración en la delegación policial cuando recibí la noticia má sobrecogedora. Relaté mi crimen con todos los pormenores. Mientras lo hacía, los gendarmes qu me arrestaron y otro más que se encontraba en la estación se sorprendieron, no tanto por la form e en que la maté, sino por mi locura.

l Me dijeron que yo no era escritor, que nunca lo había sido. Y lo que me abruma y acongoja aú ahoy mientras lo recuerdo, lo que dejó mi espíritu cabizbajo para siempre, me dijeron sin ambage .que Karla nunca había existido.

é Semanas más tarde me enteré por boca de mi psiquiatra, que a quien creía mi mujer, había sido e únicamente un invento desesperado para excusar mi soledad. Que siempre fui pobre, que nunc n tuve padres adinerados ni provenía de familias de abolengo. Que mi desesperación por se alguien me había llevado al extremo de imaginarme que lo era. Después de todo creo que e medio de tanto desvarío en algo sí guardé la razón: *El dinero siempre termina volviendo loca a l egente.*

· Carlos me visita con frecuencia. Me contó que aquella muchacha que asesiné era un il trabajadora social que él había enviado para ayudarme a salir de la miseria en la que m encontraba; que no era el propietario de una lujosa casa gótica, sino el dueño de una choz s modesta; que a quien creía mi portero, José, era otro pordiosero compañero mío que se regocijab con los deleites que le brindaba el basurero que estaba frente a mi casa; que los fines de seman oyo trabajaba limpiando con ácidos los escombros que desechaba una planta procesadora de carn ade un tal Gilberto Lombardi, obviamente el Alberto Lombardo de mi irrealidad; y que el cadáve alacerado fue encontrado casi intacto dentro de un tanque al que mi locura lo había conducido.

a Creo que ya todo está dicho. Encerrado en el pequeño cuarto de este manicomio he relatado l trágica historia de mi vida. En este momento no me atrevo a decir el que pienso que es mi nombre nprecisamente porque no estoy seguro si en realidad es mi nombre o solo creo que lo es; es más, n siquiera puedo tener la certeza de que alguno de quienes están oyendo mi historia verdaderament e exista.

il Lo peor de esta situación no es estar loco, lo terrible, lo abominable, es estar consciente de m olocura.

l Si existe un resquicio de objetividad en todo lo que he contado, es la probabilidad remota d n que alguien pueda haberme escuchado. Si hay algo de extrema fantasía es, sin duda alguna, m a quimérica vida. Todo lo demás se podría resumir en que es una absoluta mierda.

·  
·

s  
a  
,  
s  
e

e

s  
e  
a

n  
s

o  
a  
*r*  
n  
*l*

a  
e  
a  
a  
a  
e  
r

a  
,  
i  
e

i

e  
i

## **Microrrelatos**

### **Ajedrez**

Negro puso un pie duro sobre el cuadrado que le pertenecía a Blanco y esto ya fue un avance. A los reyes los mataron con justicia. Las reinas fueron convertidas en prostitutas. Ahora los peones trabajan para las torres. Los caballos hoy son señores.

### **Cosmogonía**

En el principio era Caos. De allí surgió Dios. Dios creó el Cielo y la Tierra, los Mares. A los Hombres los creó con abominables entrañas. Cuando al fin descansó, Dios comprobó su fracaso como demiurgo. Envolvió el universo y lo arrojó a la nada. Desde aquel lejano y cansado día Dios ejecuta su sueño eterno.

### **Visiones**

Es en el fondo, declamaban con parsimonia los poetas.

Es en el centro, meditaban a viva voz los filósofos.

Es arriba, arengaban demagógicamente los políticos.

Es abajo, arremetían los iletrados antagonistas.

Es a la izquierda, vociferaban los humillados.

Es a la derecha, brindaban en alaridos los distinguidos.

Es en todo, es todo, evangelizaban los panteístas de la Cruz.

No es en ninguna parte conocida, discurrían los escépticos.

Aquello no existe, concluían los de tranquilo espíritu ateo.

Finalmente, en el caos de las ideologías, todas las ideas chocaron. Aquella fue una de las más y ya olvidadas guerras en la Triste Historia de la Humanidad. El Mundo se devastó.

Los ateos creyeron haber encontrado la fórmula en sus bastardos escombros y se convirtieron en una fe rancia.

Los escépticos confiaron en cada Dios y en cada Demonio que eructaron los volcanes.

Los que antes profesaron una sólida fe trastocaron su certeza hacia el culto a la Nada.

Los de manías exquisitas añoraron los mendrugos y se nutrieron de insectos viscosos.

Los humillados no lo fueron más, porque dejaron de existir.

Los antagonistas forjaron una Biblia que profetizaba que todo era hacia arriba.

Los políticos arengaban a las masas indicando que todo era hacia abajo.

Los filósofos hallaron su centro en la locura.

Los poetas encontraron la profundidad en el suicidio.

A  
s

s  
o  
a

s

a



Los que antes profesaron una sólida fe trastocaron su certeza hacia el culto a la Nada.

Los de manías exquisitas añoraron los mendrugos y se nutrieron de insectos viscosos.

Los humillados no lo fueron más, porque dejaron de existir.

Los antagonistas forjaron una Biblia que profetizaba que todo era hacia arriba.

Los políticos arengaban a las masas indicando que todo era hacia abajo.

Los filósofos hallaron su centro en la locura.

Los poetas encontraron la profundidad en el suicidio.

[www.diegomaenza.com](http://www.diegomaenza.com)

[www.diegomaenza.com](http://www.diegomaenza.com)